

Los intelectuales en retirada

Petras, James

James Petras: Sociólogo norteamericano. Docente e investigador en la State University of New York en Binghamton. Autor de numerosas publicaciones, entre ellas los libros América Latina, reforma o revolución; Clases, Estado y Poder en el Tercer Mundo; Fuerzas políticas y sociales en el desarrollo de Chile.

El repliegue mundial de los intelectuales, desde las posiciones marxistas a otras más «realistas» y - según el autor - más cómodas y útiles para su carrera profesional, política o personal, está íntimamente relacionado a la declinación del poder del movimiento de la clase obrera y al poder ascendente del capital en las últimas décadas, tanto en la esfera cultural como en la esfera económica. Y los intelectuales son muy sensibles a los cambios de poder. La paradoja fundamental de nuestro tiempo, sin embargo, es que estos giros en el poder no están acompañados en la realidad por una consolidación capitalista efectiva, amenazado como está el sistema por la volatilidad de los mercados financieros, la desintegración interior de las grandes ciudades, la polarización de clases y regiones de la economía mundial, la destrucción del medio ambiente. Todo habla del fracaso del capitalismo en resolver cualquiera de los problemas básicos denunciados por el marxismo. La «aclimatización» intelectual a las nuevas fuentes de poder, y su abandono del marxismo, revela por tanto la profunda separación del «discurso» intelectual de las realidades históricas concretas. Podría ser una de las grandes ironías de la historia que la revitalización de la democracia en los países socialistas sirva de ejemplo para una renovación occidental del socialismo. Entonces, los intelectuales, que hoy se han puesto bajo el alero de las fundaciones académicas y de las grandes editoras que sirven como puente cultural hacia el poder establecido, seguirían una vez más los giros de la fuerza emergente.

Es dolorosamente evidente que los intelectuales ya no juegan un papel principal como protagonistas en la política de la clase obrera. En verdad, para algunos la «clase obrera» ya no existe; para otros, la misma noción de clase es problemática¹. Marxismo se ha convertido en un término oprobioso, imperialismo ha sido sustituido por referencias vagas, socialismo es usualmente puesto entre comillas y los agudos lamentos por la crisis ideológica han sido reemplazados por reclamaciones de fracaso, desintegración y muerte.

La paradójica posición asumida por estos intelectuales es que alegan haber descubierto nuevas realidades sociales, políticas y económicas que colocan a las categorías marxistas fuera de moda, mientras proceden a traer a colación una mezcolanza de conceptos principales de lo tradicional más lugar común: «sujetos racionales», «equilibrio económico», «equidad distributiva», «democracias procedimentales», «preferencias individuales»². Su retirada del marxismo está acompañada por un retroceso a la democracia liberal y la economía neoclásica. Nos encontramos de regreso a los debates de la década de 1950 (o a los de 1850) con una limitación: el optimismo intelectual que acompañó la ortodoxia anterior estaba anclado en una economía mundial capitalista expansiva, en la cual el crecimiento industrial, un fuerte movimiento obrero y las políticas oficiales activas de seguridad social todavía estaban presentes. La ortodoxia de 1950, basada en una mejora en el ciclo capitalista, puede ser excusada por la proclamación de un «fin de las ideologías». Los intelectuales conformistas del período anterior podían apuntar a una semblanza de «equilibrio» y democracia, particularmente si ellos excluían a las mujeres, los negros y las naciones del Tercer Mundo. Ellos podían señalar a la Rusia de Stalin y argumentar sobre el régimen colectivista, monolítico, inmodificable y represivo, como una alternativa no atractiva.

El vuelo de los intelectuales de hoy tiene pocas bases para alegar un fracaso del marxismo, a pesar de las pretensiones pseudocientíficas de algunos. Con 10 millones de desempleados en la CE y siendo las tres cuartas partes de los nuevos traba-

¹Véase, por ejemplo, Ernesto Laclau y (Chantal Mouffe: *Hegemony and Socialist Strategy*, Verso, Londres, 1985. Si uno pudiese atravesar la jerga lingüística («la infinita intertextualidad de los discursos emancipatorios en los cuales la pluralidad de lo social toma lugar»). El énfasis de Laclau en las «voluntades colectivas», agrupaciones sociales amorfas y democracia aislada, es un retroceso a su temprana formación intelectual peronista. En ambas instancias, las crudas formulaciones nacional-populistas ocultaban los intereses antagónicos de clase.

²John Roemer: *A General Theory of Exploitation and Class* Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1982. Jon Elster: *An Introduction to Marx*, Cambridge University Press, Cambridge, England 1986. John Roemer: *Analytical Marxism*, Cambridge University Press, Cambridge, 1986. Adam Przeworski: «Marxism and Rational Choice», *Politics and Society*, Vol. 14. N° 4. Adam Przeworski: «Class, Production and Politics: a Reply to Burawoy», *Socialist Review*, Vol. 19, N° 2, abril/junio 1989. Guillermo O'Donnell, et al.: *Transitions from Authoritarian Rule*, Vol 1-4, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1986.

jos en el mundo capitalista una variedad de servicios temporales de baja remuneración y baja capacitación, con las economías de mercado latinoamericanas en una crisis de una década de duración, que ha llevado los niveles de vida por debajo de aquellos de principios de los años 60 y con los líderes financieros esperando que ocurra la próxima crisis, a duras penas existen bases para algún optimismo enraizado en las frágiles estructuras del capitalismo occidental. Los éxitos del capitalismo están en otro lugar: en las esferas de la economía de papel, en la especulación y en el saqueo del Estado. Los intelectuales ex-radicales contribuyen a fortalecer el poder de los especuladores y los neoliberales con sus ataques desbordados contra el «estatismo»... en nombre de una quimérica sociedad civil.

El repliegue de los intelectuales del marxismo, en particular, y el fin de la postura de la ideología científica ocurre precisamente cuando sus gobernantes están ideológicamente más robustecidos y no escatiman palabras para defender el poder de clase con exposiciones agresivas sobre el capitalismo teórico no regulado y la reconcentración del ingreso en la cima. Las políticas corporativas unen cada vez más a los directorios entrelazados y a los gerentes, mediante los bonos y los planes de acciones, que los vinculan aún más, socavando las nociones de la predominancia gerencial. Nunca en este siglo han sido tan transparentes los vínculos entre el capitalismo y el Estado como durante los 80; y nunca el control del Estado y la producción han tenido un impacto tan directo sobre la «distribución» del ingreso. Es precisamente en este período - lo que debe ser catalogado como perversidad histórica mundial -, que los ex-marxistas escogen enfatizar la autonomía del Estado frente al poder de clase, el papel autónomo de los discursos ideológicos en la con formación del desarrollo histórico, al mismo tiempo que disocian la «distribución» de la propiedad capitalista de la producción³. Uno de los principales rasgos que presenta cualquier análisis de los ex-radicales es la sorprendente divergencia entre sus nuevas posiciones ideológicas y el desarrollo de las relaciones y procesos políticos y socioeconómicos del presente período.

La tesis de la «muerte del marxismo» está mayormente basada en una serie de fetiches y mitos - caricaturas de posiciones marxistas -, de razonamientos metodológica y teóricamente flojos y una falta de voluntad para aplicar la prueba de los hechos a sus proposiciones.

³Sobre la autonomía del Estado, véase Theda Skocpol: *States and Social Revolution*, Cambridge University Press, 1979; sobre el rol autónomo de los «discursos», véase Laclau: op. cit.; véase Roemer: op. cit., para los argumentos distribucionistas.

Confusiones graves

Una lectura cuidadosa a las páginas financieras de los principales diarios y revistas confirma la prognosis y el análisis marxista de la lógica interna del capital: su concentración y centralización; el movimiento de fusión masiva en conglomerados cada vez mayores, la fuerza creciente del poder financiero sobre el industrial y la creciente subordinación del capital competitivo nacional a estos movimientos⁴.

La proposición marxista concerniente a la creciente división de la sociedad entre trabajadores asalariados y el capital, ha avanzado aún más con el enorme crecimiento de trabajadores de baja remuneración dominando cada vez más la fuerza de trabajo en el llamado sector servicios⁵.

En tercer lugar, el análisis marxista de la tendencia del capital a intensificar las tasas de explotación bajo presiones competitivas, ha sido confirmada por el desmantelamiento de los Estados de bienestar social, la declinación de la porción del ingreso otorgada al trabajo comparada con la del capital y la creciente transformación del trabajo en trabajo temporal, sumado al incremento de los costos de reproducción social, al incremento de los costos de salud, pérdida de pensiones, etc.⁶.

En cuarto lugar, la naturaleza de clase del Estado, su rol como administrador (gerente) de la clase gobernante, es evidente en la posición de confrontación que ha adoptado contra los sindicatos. Desde la ruptura de la huelga de los controladores aéreos por parte de Reagan al salvajismo contra los sindicatos mineros por parte de la política estatal de Thatcher, hasta los esfuerzos de González por romper la huelga general de las confederaciones de trabajadores (diciembre de 1989), y en una gran cantidad de otras circunstancias, hay una evidencia abrumadora de que el Estado-clase es una herramienta analítica mucho más rigurosa para la comprensión de la declinación del movimiento obrero y la disolución del poder de los trabajadores que las nociones de autonomía del Estado y «mediación».

Evitando un análisis de los principales procesos de cambio estructural de gran escala y a largo plazo, que confirman el análisis marxista, los intelectuales ex-radicales se centran en el comportamiento de la clase obrera (su falta de «identificación

⁴ El argumento es estudiado con mayor profundidad en mi trabajo «World Market: Battlefield of the 1990's», *Economic and Political Weekly*, Bombay, por editarse.

⁵ Barry Blue Stone y Bennett Harrison: *The great U-Turn*, Basic Books, Nueva York, 1988.

⁶Ibid.

de clase», la influencia de factores no-clasistas), y en el de los partidos comunistas y socialistas existentes⁷.

Hay algunos problemas con estos análisis. Primero, todos ellos tienden a confundir formación de clase con conciencia de clase: negando la última, ellos niegan la primera. Si usted no oye a los trabajadores gritar revolución, ellos no existen. La división social del trabajo, la posición interdependiente de los productores separados de los medios de producción, es oscurecida, y en su lugar se nos presentan como «individuos racionales» sujetos a múltiples determinantes⁸. Las relaciones sociales, que existen independientemente de la voluntad de productores o patrones, son un producto de la acción del afán de lucro en el mercado.

Contra esto, el ex-marxista contrapone nociones abstractas de libertad de escogencia individual a las realidades de las compulsiones del mercado a vender la fuerza de trabajo o morir de inanición. El análisis dialéctico multi-nivel del marxismo sobre la acción social y política es caricaturizado en un singular simplismo mecánico-estructural: posición de clase es igual a conciencia de clase, que es igual a acción revolucionaria. La técnica de la Gran Distorsión es atribuir esto a algunos marxistas «clásicos» y «ortodoxos» anónimos, quienes probablemente sólo existen en las fantasías polémicas de los apóstatas. Un breve estudio de la vida de Marx - las largas y tediosas horas empleadas tratando de construir la organización de la Primera Internacional, los pedagógicos esfuerzos y viajes a las conferencias educativas de los trabajadores. Las luchas ideológicas consagradas a clarificar temas teóricos y prácticos para el movimiento obrero⁹ - debería sugerir, aun al más devoto creyente del posmarxismo, que para Marx, Lenin, Trotsky, Gramsci y los marxistas contemporáneos, la transformación de clase en sí en clase para sí requería organización política, educación y debates ideológicos. Estos procesos interrelacionados, sin embargo, son localizados situacionalmente en el contexto de las divisiones de clase de la sociedad y dentro del proceso de la lucha de clases, localizados en una variedad de espacios sociales (lugar de trabajo, vivienda, movimientos políticos por derechos democráticos)¹⁰.

⁷Véase, Przeworski: «Class, Production...», op. cit.

⁸Ibid.

⁹Véase, The General Council of the First International, Minutes, 2 vol., 1864-1866, 1866-1868, Moscú, Progress Publishers.

¹⁰ El ataque de Laclau en lo que él llama reduccionismo de clase del marxismo es una ilustración venglera de las distorsiones y caricaturas del complejo análisis sobre clase, ideología y acción política encontrado en los textos y prácticas de los marxistas clásicos. Uno se pregunta si Laclau, Przeworsky, y otros, han leído alguna vez la Historia de la Revolución Rusa o 1905 de Trotsky o El Desarrollo del Capitalismo en Rusia de Lenin, entre otros, antes de entrarse en el juego del «etiquetamiento» reduccionista.

Distorsiones

Los trabajos de Lenin han sufrido de una doble distorsión; por un lado, ha sido acusado de ser un reduccionista económico; por el otro, un «organizador voluntarista». Ambas afirmaciones son falsas. En un nivel, la discusión de Lenin sobre la revolución gira en torno a un análisis concreto detallado del impacto del capitalismo sobre las especificidades de la estructura de clases rusa y, en otro nivel, en torno a los problemas de la alta diferenciación y el desarrollo desigual de la conciencia de clase. En un tercer nivel, hace un análisis de las condiciones políticas (naturaleza del Estado, niveles de represión) que influyen sobre el tipo de organización política y, cuarto, enfatiza la importancia del debate ideológico y programático y la clarificación dentro del movimiento obrero. El complejo «modelo» de análisis interactivo multi-nivel de Lenin no puede ser forzado a entrar en una de las toscas cajas fabricadas y por los antileninistas¹¹.

Lo mismo podría ser dicho del tratamiento de los apóstatas hacia los marxistas contemporáneos. Sus esfuerzos para repudiar el marxismo giran en torno a su descubrimiento de que el movimiento obrero es reformista, con una conciencia de clase limitada o débil y que «factores no clasistas» son determinantes en el comportamiento de la clase obrera. En contra de las acusaciones de reduccionismo, los marxistas combinan un análisis de los procesos objetivos de la formación de clases (acumulación y reproducción capitalista basadas en la diferenciación y explotación de clases) con un análisis de las respuestas subjetivas en las más variadas situaciones sociales y políticas, especificando que el único medio para transformar el capitalismo es a través del desarrollo de una conciencia de clase, de una clase obrera organizada. Así, el marxismo es analítico y prescriptivo. Su propósito no es sólo describir, sino cambiar el mundo, y ambos están interrelacionados. Los procesos objetivos forman la base para la acción prescriptiva. Los procesos sistémicos inherentes establecen la base para la intervención política. En este sentido, la teoría marxista de la revolución es a la vez históricamente determinada y políticamente problemática¹².

Los apóstatas ignoran los procesos estructurales y caricaturizan la problemática política. En tanto que hablan de capitalismo, ellos proveen una lista de lavandería de los problemas sociales y éxitos económicos y se prosternan sus duraderas cuali-

¹¹Los ataques, mas bien insensatos y desinformados, a la teoría política de Lenin, se encuentran en la publicación estadounidense *Socialist Review*, la cual, irónicamente, ha aceptado sin críticas la versión stalinista llamada «leninismo» como la verdadera. Lo que no es sorprendente es la estrecha visión de los debates intelectuales en esta publicación supuestamente «socialista democrática».

¹²Véase Hal Draper: *Marx's Theory of Revolution*, Monthly Review Press, Nueva York, 1976.

dades. Disociados de sus mayores características estructurales, los «problemas» son entonces reducidos a temas de «políticas», las cuales, a su vez, están sujetas a la manipulación del régimen, el cual, a su vez, es igualado al Estado, y provisto de un carácter permeable, que permite políticos electos, discursos intelectuales y a quien quiera que tenga una idea política, plasmarla en la realidad¹³.

Las más elementales distinciones entre régimen y Estado están ausentes de este análisis¹⁴. Los empleados estatales, el cuerpo permanente de funcionarios no electos ligados a las instituciones permanentes de clase, que controlan los medios de coerción y modelan la política económica, están subsumidos con los funcionarios electos transitorios, que operan dentro de los límites del Estado y definen el régimen político. En consecuencia, tenemos el crónico desorden intelectual en el que se encuentra la mayoría de las «teorizaciones sobre el Estado»: describiendo el carácter y conducta del régimen y llamándolo Estado democrático¹⁵. Al centrarse exclusivamente en los regímenes competitivos basados en grupos de intereses, dejan de aprehender a los Estados autoritarios, jerárquicos, dominados por una clase, y cómo los últimos constriñen a los primeros, y crean siempre la posibilidad de revertir cualquier logro de la clase obrera que un régimen de bienestar social pudiera conceder en un período de bonanza.

Más equívocos

Si los apóstatas han olvidado las más elementales distinciones político-analíticas en su prisa por asentar la «autonomía» y la «especificidad de lo político», en el campo de lo económico, su redefinición de explotación fuera del campo de la producción como «distribución» y el concomitante rechazo a la teoría del valor del trabajo privan a la economía política de sus más fundamentales puntos de partida analíticos: las relaciones sociales de producción¹⁶. Las relaciones capital-trabajo y los problemas de poder, alimentación, inseguridad, dominación son dejados a un lado, y los problemas de la distribución del ingreso y el consumo son insertados artificialmente. Artificialmente debido a que el ingreso está correlacionado con el poder que deriva de la propiedad del capital, productivo y especulativo. Más aún, las relaciones

¹³ Véase Samuel Bowles y Herbert Gintis: *Democracy and Capitalism: Prosperity Community and the Contradictions of Modern Social Thought*, Basic Books, Nueva York, 1986.

¹⁴ Martin Carnoy: *State and Political Theory*, University Press, Princeton, 1984. Derek Shearer: *Economic Democracy: the Challenge of the 1980's*, M. E. Sharpe, White Plains, N. Y., 1980 y *A New Social Contract: the Economics and Government after Reagan*, Harper and Row, Nueva York, 1983. Skocpol profundiza y multiplica la confusión sobre la distinción Estado /régimen en *Bringing the State Back*, Cambridge University Press, 1985.

¹⁵ Skocpol: op. cit. y O'Donnell: op. Cit.

¹⁶ Véase Jon Elster: op. cit. y Roemer: op. cit.

sociales de producción han sido y son todavía el principal punto de contención entre capital y trabajo y han sido el espacio para casi toda organización significativa que ha retado, de una manera o de otra, el poder organizado del capital¹⁷.

La redefinición de la explotación en el campo de la distribución confunde la posición del capital y del trabajo en la producción y se convierte en la fórmula para las políticas de colaboración de clases y «contrato social»: ambas son «factores productivos» interdependientes involucrados en la producción del ingreso. Los conflictos están por encima de las apropiadas políticas de ingreso. El deterioro brutal del poder de los trabajadores en las relaciones de producción ha sido instrumental en el cambio de las condiciones para la reproducción del trabajo, en la estructura de la organización social y de la acción social, así como en la determinación de las relaciones familiares, dignidad e identidad personales y la calidad de vida vecinal. En el léxico del apóstata, estas consecuencias de las relación es de producción capitalista son «teorizadas» como «nuevos espacios» de acción, privadas de sus atributos sistémicos. Los «movimientos» y «actores» que intervienen contra estas derivaciones de la relación capital/trabajo son contrapuestos al conflicto trabajador/capitalista en el «lugar de trabajo», como si éstos pudieran ser separados por una muralla china¹⁸.

La fragmentación del conocimiento es la marca distintiva de los apóstatas; el énfasis lo ponen en fenómenos autocontenidos y autogenerados, en la «indeterminación» y en elaborados ejercicios matemáticos basados en supuestos sobre simplificados¹⁹. El procedimiento del «individualismo metodológico» implica la disolución de la realidad social entre individuos abstractos, a los que se les imputa subsecuentemente, un cálculo económico liberal privado de todos los nexos, tradiciones y luchas sociales anteriores. Este se convierte en el punto de partida para la reconstrucción de la realidad social. Cualquier relación entre este método y la realidad social es pura coincidencia. El marxismo se centra en la dinámica de la interacción colectiva con la crisis, la acción estatal (represión, guerra, etc.), la movilización social y el poder social. Este es el mundo real en el cual viven y trabajan «los individuos» y no puede ser entendido a través de discusiones sobre la identidad social, basadas en entrevistas de individuos aislados en situaciones privadas: el resultado reproduce el método.

¹⁷Kim Moody: *An Injury to All*, Verso, Londres, 1989.

¹⁸ Laclau y Mouffe: op. Cit. véase *Capitalism and social democracy*, Cambridge university Press, Cambridge 1985, p. 66.

¹⁹ La llamada escuela «marxista-analítica», incluyendo a todos los anteriores, criticó a los escritores partícipes de este método y enfoque y son el sujeto de la crítica subsecuente.

El marxismo «reencauchado» es una cosa a medio camino entre el pasado radical y una reconciliación final con la economía neoclásica ortodoxa, la forma tradicional de hacer política pluralista y la microsociología. Habiendo desentrañado las bases estructurales del cambio radical sus propuestas de reforma emergen como «fríos» deseos normativos operando y en conflicto con el mercado dominante y los imperativos del Estado. No sería sorprendente ver la última extensión de esta lógica y la resolución de esta tensión en la dirección de la «racionalidad del mercado» y la celebración de la democracia capitalista.

Intelectuales en retirada: ayer y hoy

Los intelectuales en retirada no son un fenómeno nuevo. Durante la década de los 30 y la de los 50 tuvo lugar un proceso similar. Bajo la presión de los acontecimientos, contingentes completos de ex-marxistas abandonaron la política de la clase trabajadora y comenzaron su tránsito hacia el centro y más allá. En un brillante ensayo, León Trotsky analiza y examina la retirada de James Burnham y un gran número de intelectuales neoyorquinos, quienes descubrieron la «autonomía del Estado en la burocratización de la política mundial, la convergencia de los sistemas sociales y la irrelevancia de las clases»²⁰. Los ex-marxistas terminaron como partidarios de la guerra fría, algunos se unieron a las purgas de McCarthy, mientras otros retuvieron compromisos residuales de bienestar social a través de su anticomunismo visceral²¹.

En los 50, Isaac Deutscher describió una nueva oleada de apóstatas - los excomunistas -, que incluía a aquellos que comenzaron como izquierdistas críticos del stalinismo y eventualmente disolvieron su posición izquierdista y se convirtieron en vehementes colaboradores en las más violentas y riesgosas empresas imperiales de Occidente²². El proceso de conversión de los ex-izquierdistas al liberalismo no fue el final del proceso. En los 60, durante los movimientos estudiantiles de derechos civiles y por la paz, en Berkeley, Chicago y Nueva York, un grupo de sobresalientes ex-radicales académicos se convirtió en ardiente defensor y en vocero intelectual de la represión policial y en envilecedor de los movimientos democráticos de masas. Lipset, Glazer, Feuer, Bettelheim, para nombrar unos pocos, igualaron la política democrática de masas a los nazis y propusieron la idea de la democracia como un proceso de negociaciones y contratos de la élite²³. Ellos argumentaron que la intervención imperialista en Vietnam y los movimientos de liberación «stalinistas» eran igualmente condenables, pero que los «valores occidentales» eran aún

²⁰ Leon Trotsky: In Defense of Marxism, Pioneer Publishers, Nueva York.

²¹ Alan Wald: New York Intellectuals, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1987.

²² Isaac Deutscher: Russia in Transition, Hamish Hamilton, Nueva York, 1957, pp. 223-236.

preferibles. Esta mezcolanza de intelectuales ex-trotskistas y excomunistas fue el antecedente inmediato de la cosecha actual. También ellos alegaron haber ido «más allá del marxismo» y del reduccionismo clasista, descubriendo los valores intrínsecos de la democracia capitalista y el éxito de la libre empresa, mientras criticaban «los bolsones de pobreza» como parte de un sistema distributivo defectuoso. Ninguno de ellos anticipó la ebullición de los principales centros urbanos de EEUU, la matanza de tres millones de asiáticos con Bombas Democráticas o el desmantelamiento masivo del Estado de bienestar social, que ellos tan confortablemente asumieron que estaba inextricablemente unido al «capitalismo maduro» y a un duradero consenso social. El defectuoso análisis de una generación ha sido entregado a otra: las posturas, la retórica y los descubrimientos de una generación de posmarxistas son repetidas por otra.

La naturaleza global del repliegue

La retirada de los intelectuales del marxismo no es un fenómeno meramente europeo, occidental y norteamericano, sino que es evidente en Europa oriental y el Tercer Mundo, particularmente en América Latina. Mientras que los cambios intelectuales en cada región reflejan la influencia de condiciones específicas, muchas de las ideas y teorías parecen originarse en Europa occidental y Norteamérica y ser difundidas hacia otras regiones, con la ayuda de empresas intelectuales conjuntas financiadas por fundaciones y subsidiadas por el Estado.

La «internacionalización del capitalismo» y la rápida difusión de sus «valores» a través de las redes electrónicas es acompañada por la internacionalización de las ideologías posmarxistas, y de los «discursos» retóricos y científicos afines. Con una regularidad asombrosa y casi banal, las mismas críticas infundadas al marxismo son uniformadas de París a Buenos Aires, de Varsovia a Chicago. El repliegue se ha convertido en una desbandada, celebrada por los medios de comunicación de masas como una nueva confirmación de la superioridad del sistema de libre empresa.

El estilo y esencia de la retirada tiene algunas características que se dan por lo general en todas las regiones. Primero, está el cambio del descontento, de público a privado: la desconexión de las ansiedades y decisiones privadas de sus orígenes sistémicos. No es la estructura del capitalismo, sino la estructura del lenguaje la clave para entender la condición de las clases en la sociedad; los símbolos se asegu-

²³James Petras: «Berkeley and the New Conservative Backlash», en *New Left Review*, N° 31, mayo-junio de 1965, pp. 58-64.

ran el derecho de prioridad sobre la esencia, en la medida en que los intelectuales en retirada buscan dominar el escenario central, relegando a las masas no iniciadas al papel de espectadores pasivos²⁴.

El rol crítico de los intelectuales de denunciar al sistema y a sus procesos - democracia capitalista, imperialismo, relaciones de producción explotadoras -, es reemplazado por la evasión y el vacío lenguaje del balbuceo discurseante. El estilo del lenguaje revela la esencia de la perspectiva. Los intelectuales en retirada ya no se dirigen a un auditorio de clase específico (la clase obrera), sino a las fuerzas «democráticas», a Europa, a los gerentes del statu quo (los cancerberos culturales, los reglamentadores políticos, la élite negociadora de los pactos sociales y políticos).

Al proclamar el «fracaso del marxismo» ellos están anunciando su rendición ante - e inmersión en - los partidos burgueses y sus reglas del juego. La celebración de la democracia burguesa ocurre a través de la invención de una realidad sin acción de clases autónoma, sin lucha de clases ni una visión que trascienda la actual configuración de poder. En el Este, los intelectuales disidentes se han movido desde los rituales anti-stalinistas hasta los ciegos elogios a Occidente. Algunos han sustituido su dócil sumisión anterior a las fuerzas productivas de la sociedad colectivista burocrática por la sumisión imitativa a las fuerzas de consumo del capitalismo de «libre mercado». Los procesos de pensamiento de los intelectuales pro-occidentales del Este son una imagen en el espejo de sus anteriores torturadores stalinistas: utopías indiferenciadas, no contestatarias, cargadas de buenas intenciones. El escape de las contradicciones de clase del Este al espejismo del Occidente consumista sin-clases, es el opio de esos intelectuales.

Para otros, los «realistas», abandonar la oposición revolucionaria marxista al stalinismo los ha llevado al terreno de la ortodoxia neoliberal. El enfant terrible Jacek kuron, ministro del Trabajo de Solidaridad, habla de los intereses de la clase obrera en términos de desempleo y ollas comunes para «acolchonar» las «reformas» posmarxistas²⁵. Y Kuron conoce mejor su capitalismo que la mayoría de los obreros polacos que votaron por él. El abrazo de los intelectuales del Este al capitalismo de las ollas comunes para los trabajadores y de la venta a inversionistas privados de las empresas públicas subsidiadas por el Estado no significa el fin del marxismo, sino el fin de las ilusiones radicales occidentales sobre el liderazgo y dirección de Solidaridad. Los mismos intelectuales gorbachovianos tienen pocas pretensiones de originalidad intelectual en el «repensar» posmarxista. Ellos se mueven entre los es-

²⁴Perry Anderson: Considerations on Western Marxism, New Left Books, Londres, 1976.

²⁵New York Times, 09-09-89, p. 3.

trechos márgenes de un evolucionismo simplista: de las vulgares teorías del fracaso automático de la sociedad capitalista y las transiciones predeterminadas al supuestamente superior socialismo soviético, pasaron a la novísima encarnación del crecimiento automático y la supuesta superioridad del capitalismo de libre mercado. Después de definir el proceso humano como un conflicto entre bloques de Estados, ahora lo definen en términos de cooperación global sin clases sociales.

En muchos casos, la «retirada» del marxismo nunca ha ocurrido, debido a que la mayoría de los intelectuales del Este nunca estuvieron allí. Ellos jamás reflexionaron sobre la lucha de clases y los movimientos de clase. Ayer y hoy, ellos han sido «Estado-céntricos» - el único cambio es en el Estado y en los Estados que dominaron sus pensamientos.

Los intelectuales del Este demuestran poca evidencia de haber estudiado el comportamiento del capitalismo de libre mercado realmente existente (y no las abstracciones ideológicas y la propaganda neoclásica). De ser así, ellos habrían examinado cómo en los EEUU este ha destruido la seguridad de la clase obrera, los sindicatos, comunidades y familias; ha llevado a millones de familias campesinas a la bancarrota; cada paso tan brutal como los mandatos stalinistas. Ellos ignoran la masificación de las enfermedades mentales, la miseria, las clases lumpen y los «sin casa» que dominan áreas completas de las principales vías citadinas. Dejan de lado las decenas de millones de trabajadores en los países del Tercer Mundo que, siguiendo las prescripciones del libre mercado, han visto sus ingresos declinar en 50 y 60 por ciento en una década. Pero se nos dice que eso sería pedir demasiado. Ellos están luchando contra el stalinismo y deberíamos ser tolerantes con sus ilusiones... mientras atan al mismo yugo de la tiranía del mercado a sus liberados seguidores.

Si en Polonia, los intelectuales ex-marxistas convertidos en funcionarios de gobierno están discutiendo la virtud del mercado y la necesidad del desempleo y las ollas comunes, en España ex-comunistas como Fernando Claudin y Ludolfo Paramio son los principales defensores de la democracia-OTAN, de las economías liberales y los feroces auspiciadores de los esfuerzos del régimen de González para romper la huelga general de los diez millones, en esta era de la declinación de la clase obrera posmoderna²⁶.

²⁶ Para una clara exposición de la subordinación de los sindicatos al Estado-partido neoliberal en España, véase la entrevista a Ludolfo Paramio: «Ni los Sindicatos ni los Partidos Serán como Antes», *La Ciudad Futura*, N° 6, agosto de 1987, pp. 30-31. Sobre la retirada de los intelectuales españoles, véase: «El PCE convertido en cantero de cuadros para el poder socialista», *El Independiente*, agosto 19 de 1986, p. 7.

En otras palabras, si los discursos de Felipe no convencen a los obreros en huelga, quizás un pequeño empujoncito de la Guardia Nacional ayudará a acelerar el Proceso Histórico Hacia la Realización de la Sociedad Posmoderna.

En Francia, la retirada de la política de la clase obrera ha sido un remate total de saldos. Desde maoístas convertidos en derechistas y quisquillosos lingüísticos (Derrida), a los entusiastas del positivismo estadounidense (estudios de toma de decisiones), hasta los defensores del «independiente y al servicio de la libertad» arsenal nuclear francés (Debray). En América Latina, la retirada toma la forma de citas enlazadas de Gramsci, entre defensas de los regímenes electoral es cohabitando con torturadores militares y empaquetando el conjunto como «realismo democrático», mientras bajan del pedestal a la oposición popular por «jacobina»²⁷. Los intelectuales de fundaciones anglolatinas se suman a la mistificación, vaciando la democracia de sus contextos institucional y de clase y reduciéndola a un conjunto de procedimientos²⁸.

En los EEUU, el repliegue toma la forma de un abandono de la lucha de la clase obrera y de la política socialista por una agenda basada en mercados y reforma liberal (Bowles/Gintis)²⁹. Una retirada del análisis de clase al individualismo metodológico y la escogencia racional (Roemer y Wright)³⁰. De la acción humana a la veneración del Estado neohegeliano, de la lucha política al cambio dirigido por la élite (Skocpol)³¹. El repliegue intelectual a nivel mundial puede ser mejor entendido como una respuesta a un contexto político-económico común, en el cual ha habido un cambio decisivo en el balance de las fuerzas de clase.

La declinación del poder de la clase obrera y el repliegue

La tendencia en los años recientes ha sido, para el desarrollo capitalista, a extender las relaciones laborales asalariadas (profesionales asalariados, incorporación de las mujeres, expropiación de los granjeros, etc.) y a profundizar la polarización entre las clases (millonarios especuladores de bienes raíces versus trabajadores de baja remuneración de servicio temporal), confirmando así el marco analítico ortodoxo

²⁷Véase, Juan Carlos Porianliero: «Gramsci en clave latinoamericana» y José Arico: «Gramsci y el jacobinismo argentino», en *La Ciudad Futura*, op. cit.

²⁸O'Donnell et al.: op. cit.

²⁹Samuel Bowles y otros: *The Wasteland: a Democratic Alternative to Economic Decline*, Anchor/Doubleday, Garden City, 1983.

³⁰Roemer: op. cit.

³¹Skocpol: *States and Social Revolutions*, op. cit. Para un análisis crítico detallado, véase Steven Vieux: «Containing the class struggle Skocpol on revolution», en *Studies in Political Economy*, N° 27, otoño de 1988, pp. 87-111.

marxista para el análisis del capitalismo. Claramente, los ex-marxistas en retirada no mencionan estos desarrollos estructurales en sus análisis. Estos se nutren de una matriz de hechos diferentes; la obvia declinación del poder de la clase obrera (a nivel de empresas, a nivel nacional e internacional, así como en las esferas económica, social y política); el ascenso de la influencia de los negocios del ala derecha, acompañado por toda la penetrante extensión y profundización de las doctrinas económicas neoclásicas y la ideología democrática liberal.

Acompañando al ascenso del poder capitalista en Occidente, tenemos la crisis en las sociedades colectivistas burocráticas (Estados socialistas de Europa del Este) y la creciente influencia de las fuerzas políticas capitalistas pro-occidentales (Solidaridad, «reformistas» húngaros). Los nuevos ideólogos liberales del Este europeo explotan los temas de la corrupción y las estructuras y prácticas autoritarias, amalgamando la política burocrática con conceptos marxistas, sentando las bases para las políticas profundamente antiobreras favorecidas por los banqueros e inversionistas occidentales (austeridad en los sueldos, permisividad en las ganancias, incentivos estatales a la oferta y contracción de la demanda forzada por el Estado).

En el Tercer Mundo, los regímenes terroristas de Estado financiados por Occidente (Argentina, Uruguay, Chile, Indonesia, Zaire, Guatemala, etc.) exterminaron a toda una generación de intelectuales y activistas marxistas. Ellos han sido reemplazados por «intelectuales institucionales» financiados por Occidente, quienes son más «abiertos» a las nociones de desarrollo basado en el mercado y la democracia «no clasista». En el caso de los Estados radicales como Cuba, Vietnam, Camboya, Nicaragua, Mozambique y Angola, o guerras terroristas financiadas por vicarios respaldados por Occidente han destruido su base productiva, o bien, embargos económicos globales han servido para el mismo fin, forzándolos a buscar compromisos ideológicos y económicos en términos favorables para los países capitalistas. Estos cambios en el Sur y en el Este han limitado, a su vez, las opciones al alcance de los movimientos de liberación en marcha en el Tercer Mundo, creando presiones para arreglos con los regímenes reaccionarios pro-occidentales, como en El Salvador y Namibia.

Está claro que la matriz político-ideológica contemporánea creada por el Occidente capitalista y los regímenes colectivistas burocráticos es tan desfavorable para el análisis marxista como son favorables los desarrollos socioeconómicos. Los intelectuales en retirada están respondiendo a la primera, siendo más sensitivos a las presiones político-ideológicas, y sustancialmente menos influenciados por el impacto del sistema económico en la estructura de clases. Bajo condiciones de máximo po-

der capitalista (tal como existe actualmente, con poco a favor del poder de la clase obrera organizada), el costo para los intelectuales de retener sus compromisos marxistas sube y los beneficios bajan, incrementando los incentivos para escoger - racionalmente - trabajar dentro del marco de la economía política neoliberal.

El divorcio del discurso ideológico de los intelectuales con los desarrollos socioeconómicos entre los asalariados revela una «brecha de clase». El perfil de muchos de los más destacados entre los intelectuales en retirada revela una cohorte de hombres blancos aproximándose rápidamente a una edad mediana, en altas posiciones académicas, buscando reconocimiento y aceptación profesional (y publicación) por los respetables medios de comunicación de masas y, así, ansiosos de poner distancias políticas a su pasado. Desechando la ortodoxia y el marxismo clásico, atacando el reduccionismo económico o de clase, y sometiendo servilmente a una variedad de otros prejuicios intelectuales, ellos le están demostrando a los cancerberos ideológicos de la profesión que están listos para ser admitidos dentro de los lugares sagrados: las universidades prestigiosas, el financiamiento de las fundaciones etc. Ellos pasan a ser los modelos ideológicos y de perfil de carrera para sus colegas más jóvenes que comienzan su ascenso académico, quienes imitan su estilo intelectual.

Disociados de las luchas de la clase obrera, esforzándose por el ascenso, los intelectuales en repliegue incorporan los valores y normas de la hegemonía neoliberal y la transmiten en las arenas intelectuales de la izquierda. Los intelectuales en retirada no responden a los fracasos del capitalismo, a la rigidez del Estado en hacer cumplir cabalmente la descendente «reestructuración» de la clase obrera, ellos responden, mas bien, al poder político-ideológico del capital. La fragmentación de la clase obrera es reetiquetada con muy poca elegancia como resultado de preferencias «individuales»; las imposiciones ideológicas del poder capitalista emergente sobre un movimiento obrero debilitado son descritas como la no correspondencia de las «posiciones» de la clase obrera y sus «intereses»³². La transformación parcial de la clase obrera del empleo industrial al de servicios, es descrita como la declinación de la clase obrera y el crecimiento de una economía de servicios posindustrial³³. La declinación del movimiento laboral - un resultado de su burocratización y políticas de compromiso de clases - se convierte en la base para cuestionar la existencia misma de las «clases» y hacer depender su existencia contingente de su acción; una imposibilidad lógica.

³²Przeworski: «Class, production...», op. cit.

³³Véase, K. Moody: op. cit.

Mientras algunos niegan las restricciones impuestas sobre la «democracia» por el poder capitalista, otros incorporan esas restricciones y argumentan que éstas podrían o deberían funcionar a favor de los trabajadores³⁴. La elasticidad de la formulación disfraza lo dudoso de los supuestos.

La importancia del poder social en crear disonancia cognitiva entre los intelectuales en retirada queda manifiesta en su incapacidad para teorizar las principales transformaciones de la estructura capitalista - de industrial a especulativa, de la dominación estadounidense a las rivalidades interimperiales - en sus análisis de la política sin clases «posmarxista». En su lugar, lo que tenemos es un capitalismo indiferenciado operando en un sistema mundial capitalista indiferenciado. Imperios ascendentes o en decadencia, Estados imperiales y no imperiales, caen en el agujero de los recuerdos. El masivo saqueo capitalista del Estado no inhibe el uso de los supuestos neoclásicos centrados en el mercado; la degradación del trabajo, como base para su declinante poder adquisitivo, no los previene para dejar de centrarse en la «distribución»³⁵.

Si no hay clases porque no hay lucha de clases, lo que emerge es una pluralidad de «agrupaciones sociales» e individuos libres en el aire; el objeto de la teoría pluralista de los grupos de interés³⁶. El universo de las fuerzas que crean las reglas y fragmentan las clases y definen los límites de los problemas, queda inexplicado. Si las categorías analíticas de los posmarxistas son refritos de los recitales de David Truman, la ciencia política ortodoxa norteamericana se reviste en su discusión de «conciencia política». De una noción de «acción», ellos deducen/atribuyen la conciencia. Si sustituimos «comportamiento» por «acción», podemos ver la afinidad metodológica entre nuestros posmarxistas y los ideólogos conductistas de un período anterior³⁷. Se nos dice que cuando los trabajadores actúan como si ellos pudieran mejorar sus condiciones materiales dentro de los confines del capitalismo, es porque lo consienten³⁸. Actuar en conformidad con el sistema capitalista puede ser

³⁴Véase la discusión de Perry Anderson sobre Bobbio: «The Affinities of Norberto Bobbio», *New Left Review*, N° 170, julio - agosto de 1988, pp. 3-36.

³⁵J. Roemer: *Analytical Marxism*, op. cit.

³⁶Es interesante comparar la concepción de «grupos de interés» sobre la política, de David Truman, con sus múltiples determinantes, y la fragmentación de la clase en agrupaciones sociales con la concepción de Przeworski sobre la política de coalición electoral y la teorización de subclases. Véase: David Truman: *The Governmental Process, Political Interests and Public Opinion*, Knopf, Nueva York, 1951.

³⁷Compárese a Nelson Polsky: *Community Power and Political Theory: a Future Look at problems of Inference and Evidence*, Yale University Press, New Haven, 1980, y su concepción conductista del interés con las atribuciones subjetivas de clase de Przeworski.

³⁸Przeworski: op. cit. Burawoys quien en otros campos ha elevado algunas importantes críticas a la escuela analítica, comparte en algo las mismas trampas teóricas que sus otrora adversarios. El subestima el papel de la fuerza en el establecimiento de los parámetros para el consenso, la naturaleza

el resultado de coerción, intimidación, manipulación u opciones limitadas. Son los intelectuales en retirada quienes, arbitrariamente, imputan su noción de «consentimiento» a la acción. Y, por supuesto, es una clase obrera debilitada y fragmentada la que es objeto de sus teorizaciones. Los intelectuales en retirada contribuyen al fortalecimiento de la hegemonía capitalista a través de sus construcciones ideológicas de la utopía capitalista, basada en individuos reificados, pactando sobre constantes aumentos de sus ingresos en un mundo de oportunidades en expansión. La ausencia virtual de sindicatos en la mayoría de los estados de los EEUU, la inclusión de los dirigentes sindicales en equipos controlados por la gerencia, la naturaleza no democrática de casi todas las confederaciones sindicales nacionales (el predominio de dirigentes impuestos) y las diferencias socioeconómicas entre la dirigencia burocrática y los afiliados, sugiere que el problema básico que enfrenta la clase obrera no es si sus miembros tienen conciencia de clase, sino la inexistencia de organizaciones democráticas representativas para articular sus intereses. Y si hay una ausencia de instituciones representativas de la clase trabajadora, el concepto clave de los apóstatas, «sociedad civil», es despojado de su esencia. El problema de relaciones entre el Estado y la sociedad civil es eclipsado por la subyugante realidad de un Estado exclusivamente sensible al capital, que confronta a una clase obrera casi atomizada. Los problemas de los «compromisos de clase», el consentimiento de la clase obrera, asume un significado diferente con los parámetros concretos de la sociedad capitalista realmente existente.

La retirada: rutas, destinos y variantes regionales

No hay una sola línea de repliegue que describa la trayectoria intelectual de los apóstatas. Diversas rutas han sido tomadas, reflejando las presiones particulares de las disciplinas académicas que ellos adaptan y las ortodoxias profesionales a que se acomodan. En algunos casos, ellos han negociado en su inteligencia crítica por cuantificaciones elaborativas (o fórmulas algebraicas) basadas en supuestos ortodoxos. El asalto apóstata al marxismo abarca una variedad de teorías y métodos y se extiende por todo el mapa. Más aún, el destino político-intelectual de los intelectuales en vuelo es todavía confuso, dado que aún están en constante cambio. Algunos, al menos temporalmente, se han ubicado en posiciones liberales o socialdemócratas. Otros se han desplazado a perspectivas neoliberales y nacionalistas-derechistas. No con poca frecuencia, ellos citan entre sí sus trabajos para fortalecer su

de clase del Estado al fijar las reglas en las cuales funcionan los procesos hegemónicos y la conceptualización empirista de estrecha visión sobre la relación capital-trabajo como un juego no suma cero, socavando así sus propias bases teóricas para la comprensión del conflicto de clases localizado en la producción. véase Michael Burawoy «Marxism without micro foundation», en *Socialist Review*, vol. 19, N° 2, abril junio de 1989.

posición en común, mientras otros se involucran en polémicas bizarras entre ellos mismos, intentando detectar influencias residuales de la doctrina «reduccionista».

Entre las muchas rutas que se alejan del marxismo destacan algunas: el revisionismo gramsciano, la doctrina de la indeterminación, el ecónomo-marxismo neoclásico (a ser referido como un marxismo «reencauchado») y la perspectiva de la asesoría política.

Circundando la retirada está el supuesto de la estabilidad subyacente y la flexibilidad del capitalismo. Desde esta perspectiva, se está a sólo un paso de anclar la política en contradicciones culturales y movimientos sociales interclases, que reflejan conflictos parciales fragmentados dentro de la sociedad capitalista. Desde este galinero ellos buscan proveer a las clases gobernantes de prescripciones sobre cómo gerenciar mejor el sistema, consejo gratuito para salvar al capitalismo antes de que éste se autodestruya.

Gramsci

Una de las víctimas principales de los apóstatas ideológicos es Antonio Gramsci. En la que es quizás la pieza más acabada de nuestro tiempo de un refrito deshonesto de citas forzadas, los escritos socialistas revolucionarios de Gramsci son puestos al servicio de regímenes políticos neoliberales.

En Argentina, los revisionistas gramscianos brindaron la defensa intelectual para el régimen de Alfonsín, el mismo que redujo los ingresos de los trabajadores en un 50 por ciento, aplicó las medidas de austeridad del FMI y las políticas de libre mercado y exoneró de culpas a cientos de oficiales policiales y militares implicados en crasas violaciones de los derechos humanos³⁹. En España, los revisionistas gramscianos han estado ocupados defendiendo al régimen neoliberal-especulador más doctrinario en la historia reciente, el gobierno de González.

El proceso de falsificación y distorsión del legado intelectual gramsciano sigue dos procedimientos: en primer lugar, ellos ignoran su práctica y escritos políticos durante sus años como dirigente comunista en la lucha de la clase obrera. En segundo lugar, se centran en reinterpretar sus escritos metafóricos y elípticos cuando estuvo en prisión. El lenguaje metafórico y a lo Esopo es mucho más ameno para variadas construcciones - y distorsiones. Gramsci, teniendo prohibido por el régimen fascista escribir directamente sobre la lucha y la sociedad de clases, frecuentemente in-

³⁹Véase Portantiero y Aricó: op. cit.

corporó el lenguaje de lo permisible. Para Gramsci «sociedad civil» se convirtió en una manera indirecta de discutir sobre las clases oprimidas, el «Príncipe» se convirtió en una metáfora para el partido de la clase; «hegemonía» se convirtió en un eufemismo para la dominación de clase. En las manos de los apóstatas, la sociedad civil se convirtió en sinónimo de una amalgama de clases (explotadores y explotados); el «Príncipe» se convirtió en un todo social ecléctico; hegemonía se convirtió en una expresión de alianza entre clases. A través de estas «interpretaciones», los revisionistas destriparon la política de Gramsci, basada en su análisis del evento más trascendental de su vida - la formación del movimiento de los concejos obreros - y su concepción estratégica anclada en una perspectiva de clase contra clase⁴⁰. Los revisionistas revivieron la concepción «permeacionista» de la transformación del Estado del archienemigo de Gramsci, Giolitti, y la atribuyeron a Gramsci. Los apóstatas transformaron la metáfora de Gramsci «guerra de posiciones» (usada para describir la construcción y conquista de instituciones de la clase obrera por el partido revolucionario de la clase obrera), en una justificación para tomar posiciones en el aparato de Estado capitalista, hasta incluir consejeros ministeriales en los regímenes burgueses. Las violentas confrontaciones de clase, que fueron los atributos que acompañaron al concepto de Gramsci de «guerra de posiciones» y las organizaciones de clase independientes, sobre las cuales fueron establecidas las posiciones de poder de clases, fueron eliminadas del análisis y vocabulario apóstatas, dado que éstos no tenían nada en común con su marcha a través de las instituciones electorales liberales.

La política de Gramsci se inspiró fuertemente en la apariencia de los concejos obreros y sus escritos sobre el Ordine Nuovo reflejan su rechazo intransigente a los «compromisos de clase» con la estructura, cultura e ideología burguesas⁴¹. En contraste en los escritos de los apóstatas, Gramsci emerge como un historiador social liberal, adhiriendo a concepciones eclécticas e idealistas de análisis político.

Quizás la más notoria diferencia entre Gramsci y estos «epígonos» son sus respectivas concepciones de la praxis política. La praxis gramsciana comienza por un reconocimiento de que los parámetros básicos de la lucha y el análisis de la política y la ideología se encuentran sujetos a la estructura de clases y que lo político y lo ideológico no operan como elementos autónomos desmembrados. La estrategia y retórica de los posmarxistas gira en torno al intento de hacer una separación entre dis-

⁴⁰Véase Antonio Gramsci: Selections from Political Writings, 1910-1924 International Publishers, Nueva York, 1977. véase especialmente la Parte II, «L'Ordine Nuovo and the Factory Councils», pp. 65-126.

⁴¹Perry Anderson: «The antinomies of Antonio Gramsci» en *New Left Review*, 10-0. véase también, Norman Geras: *Literature of Revolution*, verso, Londres, 1986. Ellen Wood: *The Retreat from Class*, verso, Londres, 1986.

cursos y clases. La tendencia comenzó por ponerlos en el mismo nivel analítico y terminó por invertir sus conexiones causales. Las revisiones y distorsiones de los escritos de Gramsci fue el punto de partida para este proceso. La noción de Gramsci de hegemonía de la clase obrera, que intentaba, originalmente, describir la influencia de la clase obrera sobre las otras clases oprimidas, en el contexto de una confrontación con el Estado capitalista, es reubicada en una matriz de coalición política multclasista, enraizada en discursos culturales, propaganda y organizada por destacamentos de intelectuales y políticos electoralistas.

El punto de partida para el análisis de Gramsci sobre tácticas y estrategias es la naturaleza violenta y la exclusividad de clase del Estado y la subordinación de los regímenes electorales a las reglas establecidas por el Estado. Para Gramsci, la búsqueda de la competencia electoral en la arena parlamentaria es un problema táctico, contingente a la lucha estratégica, centrada en las organizaciones de masas que retan al Estado. En la versión apóstata, la distinción de Gramsci entre Estado y régimen es confundida, y las relaciones entre la estrategia extra-parlamentaria y los movimientos tácticos electorales son invertidas. En las manos de los apóstatas, la noción gramsciana de praxis es divorciada del poder de clase auto-organizada y autónoma y convertida en sinónimo de «realismo» y «posibilismo» - fórmulas políticas utilizadas para racionalizar la colaboración de clases. Las instituciones políticas, desnudadas de su matriz de clase, son presentadas como «terreno de acción» - instituciones sin clases para clases sin instituciones.

Además de aquellos intelectuales que han abandonado el marxismo abierta y totalmente (los «posmarxistas»), existe otro grupo que ha intentado ligar los análisis/conceptos/prescripciones marxistas, a una variedad de marcos teóricos no marxistas - y, déjennos aseverarlo -, antimarxistas. Queriendo combinar los marcos económicos neoclásicos con el marxismo, los «marxistas analíticos» han vaciado a su manera al marxismo de elementos teóricos y analíticos esenciales⁴². El común denominador de estos marxismos «reencauchados» es su oposición a la política de clase revolucionaria y su esfuerzo por anclar su adopción de la política liberal democrática y de la economía de mercado a una especie de marco normativo. El marxismo «reencauchado» es una parada transitoria entre el marxismo clásico y la economía política burguesa ortodoxa. Habiendo abandonado el primero, sus sensibilidades ante el visible deterioro de la calidad de vida de la clase trabajadora, debido a las operaciones de mercado, los obliga a moverse a la derecha cuidadosamente; así, ellos retienen algo del bagaje social del pasado, reembalado como «justicia re-

⁴²Véase, Michael Liebovitz: «Is Analytical Marxism Marxism», en *Sciences and Society*, 52, N° 2, verano de 1985, pp. 191-214.

distributiva», mientras adoptan los mecanismos e instituciones que la socavan: el sistema de precios y el mercado, divorciados de las relaciones sociales y de las instituciones de poder a través de las cuales éstos operan.

El desorden intelectual acompañó la yuxtaposición de conceptos de sistemas de pensamiento enfrentados e incompatibles (y, podríamos añadir, perspectivas de clase divergentes y en conflicto). Los marxistas «reencauchados» cargan a costas la neoclásica reducción del trabajo a apenas otro «factor de producción» - en lugar de la fuente del valor -, y están forzados a derivar sus programas de bienestar a partir de preocupaciones éticas, que no tienen status teórico en sus análisis económicos. Al disociar la explotación de la producción y al redefinirla en la esfera del consumo, los marxistas «reencauchados» han ratificado el poder capitalista, con el fin de centrarse en sus funciones distributivas⁴³. Pero, hoy, cuando vemos a nuestro alrededor, la distribución no puede ser disociada de la producción: la internacionalización y transformación del capital hacia la actividad no productiva socava los espacios y las bases de la «política redistributiva». Más aún, las crecientes presiones competitivas inherentes al mercado han puesto a casi todos los «liberales distributivos y socialdemócratas» del lado de los promotores de las exportaciones.

El eje del cambio intelectual

El individualismo abstracto - o lo que C. W. Mills llamó empirismo abstracto⁴⁴ -, que caracteriza al marxismo «reencauchado», disuelve las estructuras sociales y la división social del trabajo, en torno a la cual se organiza la economía y la sociedad de mundo real, en entidades «individuales» irreales, las cuales son «opciones», «preferencias» e «identidades» con atributos, como si no hubiese sistemas preexistentes de poder que las determinaran.

En el pasado, América Latina poseyó - en el mejor de los casos - lo que Gramsci llamó «intelectuales orgánicos», escritores, periodistas y economistas políticos comprometidos directamente con las luchas sociales y políticas contra el imperialismo y el capitalismo. Ellos fueron parte integral de los sindicatos, movimientos estudiantiles o partidos revolucionarios. El Che Guevara, Camilo Torres en Colombia, Luis de la Puente en Perú, Miguel Enriquez en Chile, Roberto Santucho en Argentina, Julio Castro en Uruguay, fueron unos pocos de los cientos - si no miles de intelectuales que integraron su trabajo intelectual con las luchas sociales de sus países. Y los intelectuales orgánicos consecuentes establecieron las normas de comporta-

⁴³ Ibid.

⁴⁴C. W. Mills: *The Sociological Imagination*, Grove Press, Nueva York, 1961.

miento para el resto de la clase intelectual. Para miles de otros intelectuales, el ejemplo político y personal de los intelectuales orgánicos sirvió como patrón, al cual ellos se aproximaron en mayor o menor grado. Hubo una continua lucha «interna» entre el oportunismo profesional y los compromisos políticos, en la medida en que los intelectuales latinoamericanos se esforzaron en tomar decisiones existenciales. Esta lucha difícilmente existe hoy, ha sido resuelta y olvidada en medio de la nueva generación de intelectuales orientada hacia los institutos de investigación. Una de las mayores ironías de nuestros tiempos se encuentra en el hecho de que los intelectuales institucionales de América Latina han hecho un fetiche de Gramsci, citando y distorsionando sus escritos para cubrir su retirada del marxismo y su ataque a la política de clase. Su problema ahora es cómo asegurarse mejor la mayor suma de dinero de la más accesible agencia de financiamiento externo.

Hoy en día, los intelectuales institucionalizados son, en un sentido foucaultiano, prisioneros de sus propios estrechos anhelos profesionales. Sus vínculos con las fundaciones extranjeras, burocracias internacionales y centros de investigación, dominan una vacía y vicaria vida política interna. En el pasado, los intelectuales orgánicos lucharon por una vida intelectual autosostenida, autofinanciada. Ellos vivieron y sufrieron los ciclos económicos de sus países. Hoy, los intelectuales institucionales viven y trabajan en un mundo de dependencia externa, amparados por pagos en monedas fuertes y un ingreso derivado independientemente de las circunstancias económicas locales. Una profunda vinculación horizontal interna entre los intelectuales orgánicos y las clases oprimidas contrasta con la vinculación vertical existente entre los intelectuales institucionales y las agencias de financiamiento externo y, con el advenimiento de regímenes civiles, con el Estado y el régimen locales.

El período desde finales de los 70 a los 80, fue testigo de una transformación fundamental en los intelectuales latinoamericanos: un cambio desde el marxismo hacia políticas liberal-democráticas, desde el apoyo de los movimientos del poder popular hacia las instituciones parlamentarias burguesas, desde el igualitarismo hacia la movilidad social, desde el colectivismo hacia el muy enjunto «bienestar social», del antiimperialismo a la «interdependencia». Estructuralmente, los intelectuales de América Latina han pasado de ser intelectuales orgánicos conectados y dependientes de los movimientos populares a ser intelectuales institucionales atados a agencias de financiamiento extranjeras y a sus prioridades intelectuales.

Tres factores cuentan para el cambio: 1) las dictaduras militares destrozaron los vínculos previos entre los intelectuales y las luchas de las masas, matando a mu-

chos de los intelectuales orgánicos y dispersando el resto; 2) agencias de fondos europeas y norteamericanas proporcionaron asilo y/o soporte financiero; y 3) aquellos intelectuales que permanecieron en su país, establecieron institutos que prosperaron sobre las bases del financiamiento extranjero. Como resultado de estos vínculos con las altas esferas del extranjero, emergió un nuevo tipo de intelligentsia con una agenda de prioridades políticas diferente.

Una conexión directa fue establecida entre la integración institucional de los dislocados intelectuales latinoamericanos dentro del Estado de bienestar de la democracia liberal/social y su creciente consumo de las corrientes intelectuales posmarxistas. Con su retorno a América Latina, estas redes estructurales e ideológicas extranjeras se convirtieron en ingredientes esenciales en la posterior expansión de nuevos institutos. Estas redes fueron cruciales, debido a que las condiciones económicas de América Latina en el período posmilitar fueron altamente desfavorables.

Las dictaduras crearon indirectamente nueva clase de intelectuales con inclinaciones «internacionales», críticas ostensibles al modelo económico neoliberal, pero tan profundamente encajadas en relaciones dependientes con las redes extranjeras como sus adversarios entre las élites financieras y exportadoras. Esta nueva clase tiene un estilo de vida y trabajo que contrasta severamente con las generaciones precedentes de intelectuales orgánicos.

Signos de dependencia

La primera oleada de financiamiento externo estuvo dirigida a criticar el modelo económico y la violación de los derechos humanos de las dictaduras militares, la segunda oleada estuvo dirigida al estudio de los nuevos movimientos sociales, mientras que la tercera oleada de financiamiento se centró en el proceso de democratización y la deuda. Los estudios que emergieron forman un patrón general: los estudios sobre las dictaduras se centraron en su característica represiva en lo político y no en sus ataduras económicas y militares con las élites europeo-occidentales y norteamericanas. La violencia del Estado fue analizada en términos de violaciones a los derechos humanos, no como expresiones de la dominación de clase; como parte de la lucha de clases, como violencia de clase. Las alternativas políticas que emergieron de estos estudios estaban planteadas como un conflicto entre democracia liberal o dictadura militar. La deliberada disociación de la estructura de clases del poder del Estado fue justificada por la noción de que la esfera política era «autónoma» de la sociedad civil.

Los estudios de los movimientos sociales continuaron en el mismo estilo. Estos plantearon que los movimientos sociales eran contrapuestos a la política clasista, que la estructura de clases de la cual ellos emergieron era «heterogénea» y que las luchas de los movimientos sociales se encontraban bastante alejadas de la vieja política ideológica⁴⁵. La línea política respecto a los movimientos sociales fue, en primera instancia, que éstos deberían separarse de los partidos políticos ideológicos (radicales). Más tarde, con el ascenso de los partidos electorales liberales, la línea política cambió y los movimientos fueron descritos (y/o aconsejados) en un cambio de su atención hacia la «lucha por la democracia». La «autonomía de los movimientos sociales» fue promovida cuando los investigadores buscaron separarlos de la izquierda revolucionaria; la «participación en amplios frentes democráticos» se convirtió en la fórmula que los investigadores promovieron cuando con la política electoral liberal salieron a la palestra.

La tercera fase del financiamiento - ya en democratización - fue la más flagrantemente ideológica: equipos de investigación internacional concentrados en un conjunto de fórmulas, que justificaban el acomodo con las élites económicas y militares locales y extranjeras como la única opción viable «posible», paralizando así el proceso de transformación en una transacción entre civiles conservadores y militares⁴⁶.

Las evidentes consecuencias de la dependencia económica se manifiestan en el nivel ideológico, estableciendo los parámetros políticos del discurso intelectual. De aquí la importancia de retener una apariencia de autonomía intelectual para disimular la dependencia. Las investigaciones críticas sobre participación popular, organizaciones de base, políticas de ingresos, etc. son esenciales para fomentar una imagen de autonomía intelectual, mientras que la disociación de esas condiciones de su contexto de imperialismo-clase refuerza más aún sus vinculaciones estructurales a largo plazo con los benefactores externos.

Aquellos intelectuales institucionales que están dentro del circuito de las fundaciones internacionales tienen mucho que perder, pero no por la vía de algún profundo compromiso con la lucha popular para transformar el sistema socioeconómico. Los intelectuales institucionales de hoy miran con desdén a los anteriores intelectuales orgánicos - meros «ideólogos» - y se miran a sí mismos como científicos sociales. No hay, por supuesto, tal distinción entre ciencia e ideología. Los ideólogos institucio-

⁴⁵Eugenio Tironi: «Marginalidad, movimientos sociales y democracia», Propositiones, N° 14, pp. 9-23. Elizabeth Jelin: «Los ausentes movimientos sociales y participación democrática restringida», en: Fernando Calderón y Mario dos Santos: Los conflictos por la constitución de un Nuevo Orden, CLACSO, Buenos Aires, 1987.

⁴⁶Véase O'Donnell et al.: op. cit.

nales son tan ideológicos como sus predecesores: su «ciencia» se encuentra atada a un mundo de conflicto controlado, élites electorales, mercados privados e ingeniería social. Ellos son los cancerberos ideológicos que han relegado la política de antiimperialismo al submundo de los lenguajes olvidados. Ellos han descrito su propia metamorfosis en funcionarios intelectuales como la culminación de una revolución científica que trasciende las vulgares y parroquiales preocupaciones ideológicas. La postura de objetividad (la metodología necesaria para la aceptación externa) proporciona la debida distancia desde la cual observar las luchas como objetos a ser pactados, gerenciados y gobernados.

El problema del compromiso intelectual está relacionado con la audiencia a la que cada cual se dirige: el intelectual institucional escribe para, y trabaja dentro de, los límites de otros intelectuales institucionales, sus patrones extranjeros, sus conferencias internacionales. Como ideólogos políticos, ellos establecen los límites con la clase política liberal. Los intelectuales orgánicos, en cambio, integraron la tropa de activistas y militares políticos, con una visión global que desafió los límites del mercado liberal burgués. Su trabajo vincula las luchas locales en las minas, bancos y fábricas como instancias concretas de rechazo a la dominación imperialista global. Ellos articulan el descontento social de las luchas políticas contra un Estado clasista claramente determinado.

Nuevos «códigos»

El advenimiento de los intelectuales institucionales ha desterrado los conceptos clave que iluminaron las luchas populares. Imperialismo, socialismo, poder popular y lucha de clases han desaparecido en el agujero de los recuerdos: éstos están fuera de moda. En lugar de estas precisas formulaciones, las nociones vacías de «participación popular», «problemas de deuda» desarticulados y «contratos sociales» han surgido en los aparatos conceptuales de los intelectuales institucionales. Los nuevos códigos de lenguaje de los intelectuales institucionales tienen una doble función: ellos proveen a los cancerberos ideológicos de las señales simbólicas para excluir a los transgresores ideológicos y legitiman ante los propios ojos de estos intelectuales su rol como guardianes de la ideología hegemónica de los centros liberales de financiamiento. En medio de institutos comprometidos con la difusión ideológica a través de la promoción y la formación popular, los efectos negativos de este estilo de trabajo intelectual son magnificados. En sus actividades promocionales entre las clases populares, la solución de los problemas es localizada y disociada de cualquier noción de poder del Estado y de la construcción de una visión

clasista alternativa de una sociedad democrática colectivista, el creativo y original proyecto de los intelectuales orgánicos.

La transformación conceptual y lingüística que acompaña la conversión de los intelectuales de orgánicos a institucionales se manifiesta en algunas formas distintas. La política del lenguaje es el lenguaje de la política: lo que está ausente es tan llamativo, tan sorprendente, como lo que es escrito y publicado por los institutos. En el presente período, cuando los principales bancos y corporaciones europeas y norteamericanas están ocupados en una masiva y sostenida extracción de excedente económico, no hay un solo centro de investigación en Chile, Argentina, Perú, Colombia o Uruguay financiado por el exterior, que esté elaborando y profundizando nuestros conocimientos sobre la teoría y la práctica de la explotación imperialista. En su lugar, nosotros encontramos el lenguaje de la evasión, la ciencia social del eufemismo: el problema es planteado como uno de balanza de pagos o «problema de deuda». Los intelectuales institucionales se empeñan en abstraer ingeniosa e inteligentemente a la «deuda» de la política de clase y más aún de la lucha de clases. Desde su perspectiva, hay sólo «Estados» sin clases, aislados, los cuales negocian con otros «Estados»; los intelectuales institucionales han creado la metafísica de la pospolítica.

En su sentido más amplio, el ascenso de los intelectuales institucionales y la declinación de los intelectuales orgánicos representa una contrarrevolución cultural, un gran salto atrás. Este es el mundo del intelectual como «consejero político interno», los gerentes de la conformidad política, (o, en su lenguaje) del consenso político. Para los arrepentidos intelectuales ex-radicales (aquellos que convirtieron su vocación política en una vocación institucional) la esencia de la política es la burocracia. El eje de la política gira alrededor de estrechos intereses institucionales, desarrollando ataduras con los jefes de los centros de poder burocrático. En este contexto, la principal inquietud intelectual es la renovación del formalismo y el legalismo y la marginalización de políticas substantivas.

No hay parentesco entre las opciones políticas de los intelectuales institucionales y la realidad de América Latina en los 80. Bajo condiciones de absoluta y sostenida regresión socioeconómica, de masiva miseria popular y creciente descontento social, el lenguaje y la práctica conceptual de reconciliación social y política son surrealistas. Ellos no reflejan realidades latinoamericanas objetivas; reflejan la reconciliación de los intelectuales con los parámetros ideológicos de las agencias de financiamiento extranjeras.

Los empresarios intelectuales institucionales no sólo saben cómo y cuándo conseguir abundante financiamiento externo, sino que ellos incluso conocen los peligros involucrados en la proposición de alternativas sociales basadas en el poder popular ante las democracias liberales decadentes existentes. Enfrentados con este dilema, la postura adoptada, más conveniente, es alegar que la situación posdictatorial es muy difícil y compleja, «indeterminada» y que no hay alternativas fáciles. Esta postura permite a los intelectuales institucionales continuar recibiendo becas extranjeras, mientras dejan de lado las iniciativas y políticas menos atractivas de sus colegas en el Estado.

La indeterminación: cláusulas de escape para una ideología en bancarrota

Una de las nociones recurrentes que ha sido insertada donde han emergido profundas lagunas en los «discursos» de los intelectuales en retirada, es la noción de «indeterminación». El término en sí mismo ha sido utilizado en algunos sentidos diferentes y contradictorios. Lógicamente, esto pone en cuestión la lógica entera de cualquier modelo explicativo - dado que todas las suposiciones y deducciones previas están sujetas a la misma incertidumbre y contingencia, dejándonos con un universo de hechos en constante cambio y con deducciones completamente arbitrarias. Esto es particularmente gracioso, porque algunos de los exponentes de la incertidumbre han hecho grandes esfuerzos para fundamentar sus análisis en modelos matemáticos e investigación de medición. Este es un juego peculiar de misticismo translógico y empirismo vulgar.

Los apóstatas, habiendo rechazado un análisis de clase del Estado y reconociendo la fragilidad de su régimen, centrados en el método analítico, compran un seguro intelectual en caso de bancarrota de la empresa democrática, al introducir la noción de incertidumbre: incertidumbre de la transición a la democracia basada en pactos con los militares; incertidumbre acerca de la viabilidad de los compromisos sociales de los trabajadores bajo el capitalismo⁴⁷. En lugar de un análisis de los centros de poder no electoral que conforman los parámetros del sistema electoral capitalista, uno encuentra resultados contingentes sobre «accidentes» e «impredictibilidad». La incertidumbre es, en gran medida, un artefacto de los apóstatas, que optan por un método que se centra en la escogencia política individual y en cálculos, en lugar de en los intereses institucionales estructurales de clase en la conformación de la dirección y esencia del cambio político. Las reglas y necesidades de la reproducción capitalista claramente no están en cambio ni sujetas a la incertidumbre, cualesquiera que sean los caprichos del mercado. Ni lo está el rol

⁴⁷Ibid.

del Estado al mantener esas reglas; nosotros aun buscamos un Estado capitalista que, en más de doscientos años, haya sido incierto e «indeterminado» sobre su relación con el capital.

Los sistemas productivo y político y las estructuras de clases no son la suma de los individuos ni de sus decisiones, aun si asumiéramos por un segundo que todas las «preferencias individuales» se consideraran iguales. (Ambos, el rico y el pobre, pueden escoger dormir en las calles de la ciudad de Nueva York, pero sólo el pobre lo hace). La realidad es el reverso del método de Robinson Crusoe: los cambios en las escogencias individuales y los cálculos políticos reflejan las sostenidas y continuas presiones que emanan de configuraciones socioeconómicas estables⁴⁸. El método de centrarse en la toma de decisiones individuales fracasa al explicar el universo en el cual aquellas decisiones son tomadas. Al relegar las estructuras y las clases al limbo y concentrarse en las rutinas de la «política», ellos construyen un universo de poder existente sólo en sus supuestos, sin explicar las determinantes y coacciones de clase en la conformación de prioridades políticas.

Al ignorar los intereses de gran escala a largo plazo y concentrarse en contingencias ideosincráticas, los apóstatas socavan cualquier posición teórica o perspectiva metodológica coherente para entender las transiciones políticas. Los decision makers aislados - los fantasmas del poder - dan forma al proceso democrático sin tener que confrontar poderes hegemónicos regionales, bancos internacionales, jefes militares autocráticos o especuladores locales. Como lo expuso un equipo de escritores: «Los cálculos políticos a corto plazo, que enfatizamos aquí, no pueden ser deducidos desde, o imputados a, tales estructuras [factores macro-estructurales] excepto quizá en un acto de mala fe»⁴⁹. Los grandes problemas de la democracia son analizados mejor a través del estudio de las decisiones de ayer, las de hoy y tal vez las de mañana, el resto es religión, de acuerdo a esta variante de la apostasía. Queda claro que la incertidumbre de los autores acerca de la estabilidad de su democracia, la durabilidad de los compromisos de clase y la viabilidad de los modelos de equilibrio neoclásicos, son el tributo que el vicio paga a la virtud: acechando detrás, por encima y por debajo, están los efectos desestabilizadores de la lucha de clases en sus diversas manifestaciones: polarización de clase, rivalidades interimperiales, reversión de la clase dominante a gobierno dictatorial, etc. Pero una vez que usted ha descartado las clases y reducido los intereses de clase al status de un artefacto de preferencia individual subjetiva, ¿cómo hace para volver a traer la lu-

⁴⁸Para una excelente crítica de la metáfora cruosoeiana, véase Steve Hymer: Monthly Review.

⁴⁹O'Donnell et al.: Transitions from Authoritarian Rule: Tentative Conclusions about Uncertain Democracies, vol. 4, op. cit., p. 5.

cha de clases dentro del modelo explicativo, excepto como producto de cualquiera contingencia disponible?

Democracia con o sin adjetivos

Uno de los temas principales de los intelectuales en retirada, del Norte y del Sur, es la democracia y el proceso de «democratización», particularmente como se desarrolló en muchas partes del Tercer Mundo. Un buen ejemplo es la discusión encontrada en la influyente serie multivolumen editada por O'Donnell et al. en *Transitions from Authoritarianism in Latin America*. Los argumentos teóricos y conceptuales encontrados en estos volúmenes sintetizan la mayoría de las deficiencias del debate actual. Hay por lo menos seis problemas principales en su discusión. Los escritores: 1) confunden los conceptos y análisis del Estado y el régimen; 2) exageran los cambios políticos procedimentales relacionados con el comportamiento del régimen y subestiman la importancia de las continuidades institucionales autoritarias y los límites y normas que imponen sobre el primero; 3) ignoran la convergencia entre los regímenes electorales y la estructura estatal autoritaria; 4) obscurecen los vínculos entre régimen y clases, su impacto sobre las políticas socioeconómicas y el subsecuente impacto negativo que tiene sobre la libertad política para los grupos no elitescos; 5) ignoran la centralidad de las relaciones Estado-clases en la conformación de las agendas de los regímenes electorales y las perspectivas para la democracia, a través de la evasiva noción de indeterminación - lo cual reduce su discusión a poco más que un comentario periodístico sobre personajes, normas y eventos políticos; y 6) simplifican el proceso político al dividirlo en las categorías de autoritario-democrático, sobre la base de los procedimientos políticos formales, ignorando la compleja imbrincación entre prácticas y estructuras represivas y la normativa electoral.

Aunque se ha puesto de moda escribir sobre el Estado, la mayor parte de lo escrito está basado sobre una gran confusión de conceptos esenciales. El Estado remite a las instituciones permanentes de gobierno y al concomitante conjunto de relaciones de clases que han sido fijadas en estas mismas instituciones. Las instituciones permanentes incluyen aquellas que ejercen un monopolio sobre los medios de coerción (el ejército, la policía, la judicatura), tan bien como aquellas que controlan las palancas económicas del proceso de acumulación.

El «régimen» remite a aquellos funcionarios políticos que ocupan las posiciones ejecutivas y legislativas y están sujetos a renovación o reemplazo. Hay varios tipos

de gobierno clasificados a través de algunas dimensiones. Por ejemplo, existen regímenes civiles o militares; regímenes elegidos o autodesignados.

Al analizar el proceso de cambio político es importante reconocer los diferentes niveles en los cuales toma lugar la transformación, a fin de determinar el alcance y dirección de las políticas, así como también ser capaces de caracterizar adecuadamente el proceso. Por ejemplo, en el período actual en América Latina ha habido un número de cambios políticos que O'Donnell et al. denominaron como un proceso de «democratización» que produjo «Estados democráticos».

En función de nuestras distinciones conceptuales, sin embargo, estos cambios políticos no han, de ninguna manera, cambiado la naturaleza del Estado, sino, mas bien, han conducido a cambios a nivel del gobierno o régimen. Los militares, oficiales policiales y judiciales, en la abrumadora mayoría de los casos, han permanecido en su lugar, con los mismos controles sobre la «seguridad», con los mismos valores e ideologías y sin haber sido llevados a la justicia por su comportamiento terrorista. Más aún, las mismas vinculaciones de clases que definieron al Estado antes de los cambios políticos continúan bajo los nuevos regímenes. Las continuidades de las estructuras básicas del Estado definen la naturaleza esencial del sistema político: los límites y mediaciones de la acción social. El nuevo régimen político ejerce sus prerrogativas, iniciativas ejecutivas y legislativas, dentro del marco establecido por la configuración de poder preexistente. Esto significa que cualquier caracterización del proceso de cambio político y de la configuración política debe incluir tanto las continuidades del Estado como también los cambios a nivel del régimen.

Además, en vista de que el Estado es anterior y más fundamental que el régimen en el funcionamiento del sistema social, es la naturaleza del Estado el «sustantivo» así como el régimen es el «adjetivo» en la caracterización de la configuración política. De aquí que, por ejemplo, en el caso de Guatemala, las continuidades en los aparatos del Estado - intactos organizativa e ideológicamente desde el periodo del gobierno terrorista proporcionan la clave para definir el sistema político, mientras que el cambio de un régimen militar designado al régimen electo de Cerezo provee la modificación. Por lo tanto, el sistema político guatemalteco podría ser referido como un Estado-policíaco-civil-electo. La discusión de democracia sin adjetivos de O'Donnell et al. confunde los diferentes niveles de análisis y sobresimplifica la relación Estado régimen.

Civiles y militares

El acuerdo entre regímenes civiles-electos y el Estado militar-terrorista está basado en proyectos socioeconómicos convergentes y no como O'Donnell et al. argumentan, que las circunstancias «forzaron» a los renuentes civiles reformistas. En los casos de Argentina y Uruguay, los regímenes civiles han elaborado estrategias de desarrollo que son dirigidas esencialmente a integrar los proyectos de crecimiento orientados a la exportación de sus predecesores, a una «administración más racional» de la economía doméstica y la movilización más efectiva de los recursos económicos externos.

Dado que los modelos económicos de los regímenes civiles están edificados sobre incentivos a la oferta y establecidos sobre la creación de un clima favorable para el financiamiento externo, se ajustan a las mismas políticas de restricción del ingreso interno de sus predecesores. Al subir el gobierno, los civiles están muy conscientes de que su «capital político» popular basado en su desplazamiento del régimen terrorista-militar tarde o temprano comenzará a disiparse. En anticipación de la protesta popular y en defensa de su estrategia económica, los regímenes civiles-electos prefieren mantener sus vínculos con los aparatos de Estado existentes. Las continuidades socioeconómicas sirven para unir las diferencias políticas entre los militares y los civiles, particularmente cuando los primeros conservan el Estado mientras los segundos son relegados a administrar el régimen.

La composición, orientación y relaciones de clase del Estado moldean las políticas de gran escala y a largo plazo de un sistema político. Es por eso que Washington tiene la voluntad de aceptar cambios en el régimen (sean éstos de lo militar a lo civil) con el fin de preservar la continuidad del Estado; a la inversa, y por la misma razón, Washington es firme en su oposición a los cambios políticos que desmantelen el Estado existente, particularmente cuando el nuevo Estado está organizado para sustentar un régimen con un proyecto socialista y nacionalista. Washington está dispuesto a sacrificar los Marcos, Duvalier y muchos otros regímenes y aceptar civiles, en tanto puedan preservar el aparato estatal - una política que fue probada, y fracasó, en Cuba y Nicaragua.

No hay razón, entonces, para discutir los tipos de regímenes políticos civiles-electos, o de otro tipo, de O'Donnell et al. sin remitirnos a las relaciones Estado-clase de las cuales éstos dependen. Los regímenes no pueden defenderse a sí mismos o promover el proceso de acumulación cuando actúan de manera contraria a los intereses del Estado. Esto es entendido por los nuevos políticos civiles, quienes proce-

den a moldear agendas de desarrollo y relaciones políticas adaptadas a estas realidades institucionales. En muchos casos, la necesidad de «adaptar» es muy pequeña dado que los civiles comparten una perspectiva común con las élites estatales. Este acuerdo sobre las políticas entre el régimen y el Estado es oscurecido por los ideólogos de los regímenes civiles, como O'Donnell et al., quienes promueven la noción de «democracia sin adjetivos» e intentan limitar la discusión del sistema político a cambios de régimen y a los concomitantes procedimientos electorales, sin examinar la configuración histórico-estructural mayor dentro de la cual estos cambios tienen lugar.

Difícil distinción

Un problema fundamental en este discurso neoliberal es la marcada tendencia a dividir los procesos políticos en términos de las categorías de autoritaritario/democrático.

En algunos niveles, este análisis es defectuoso. En primer lugar, está el hecho de que los autoritaristas son activos negociadores y facilitadores de la transición. Segundo, los autoritaristas continúan ejerciendo el poder y el control sobre los instrumentos de violencia. Tercero, existen áreas problemáticas (castigo a los militares violadores de derechos humanos, obligaciones de la deuda, reforma) las cuales están fuera de los límites del régimen civil. Cuarto, en algunos casos, bajo los regímenes civiles, las violaciones a los derechos humanos continúan y en otros se incrementan masivamente (Perú bajo Belaúnde y El Salvador bajo Duarte son dos claros ejemplos). En otros casos, el terror político se ha vuelto más selectivo: en Brasil, bajo Sarney, continuaron las matanzas de campesinos defensores de la reforma agraria, mientras tanto más de 200 asesinatos políticos tuvieron lugar durante los primeros ocho meses del régimen de Cerezo en Guatemala. La continuación de las instituciones, políticas y prácticas represivas expresan la interpenetración de regímenes civiles-electorales e instituciones autoritarias, no su oposición mutua como plantea O'Donnell.

La fácil igualdad entre regímenes civiles-electos y «democracia» o «democratización» - y el concomitante respeto a derechos elementales (seguridad física personal) - es contraria a numerosos ejemplos en la reciente historia latinoamericana. El régimen civil de Balaguer - electo en las postrimerías de la invasión estadounidense de 1965 - pasó por alto la emergencia de escuadrones de la muerte paramilitares responsables de algunos cientos de asesinatos políticos. El régimen de Méndez Montenegro en Guatemala, electo en 1966, presidió uno de los capítulos más san-

grientos en la sanguinaria historia de ese país. Si añadimos el régimen de Belaúnde en Perú, con más de 8.000 muertes civiles, el régimen de Duarte, con más de 60.000 ciudadanos muertos, tendremos alguna noción de la brecha entre los procesos electorales y los ingredientes elementales de la «civilidad».

Los cambios políticos en el régimen han tenido lugar casi totalmente divorciados de cualquier cambio profundo en la totalidad de la sociedad, un punto que O'Donnell et al. plantea como necesario y realista para estabilizar la democracia⁵⁰. La reestructuración y reorganización de la sociedad y la economía, que fueron completadas por los militares, se han convertido en el punto de partida para los nuevos regímenes civiles y para la elaboración de su política socioeconómica. De hecho, los regímenes civiles han asumido el peso de asegurarse la asistencia financiera, la cual no estaba disponible para el régimen militar, para financiar la «modernización» del modelo de desarrollo elitescos. Además, enfrentados con la vasta deslegitimación social de los militares, el régimen civil ha asumido la tarea de absolver a los militares de toda responsabilidad de ofensas criminales masivas por medio de cuasi-amnistías o amnistías abiertas.

Lo que O'Donnell et al. describen como el «proceso de democratización» tiene el carácter dual de reconsolidar el poder estatal autoritario - tanto la institución militar como el modelo de acumulación - mientras concede espacio político para expresiones individuales y movilización social limitada. La contradictoria naturaleza de este proceso coyuntural crea las bases para profundizar la alienación de aquellos movimientos sociales mayoritarios, que concibieron la democratización como un proceso en el cual el cambio de régimen estaría acompañado por un profundo cambio en el aparato estatal y en el modelo de acumulación. La aceptación de O'Donnell et al. del sistema electoral basado en el modelo exportador de la élite los induce a atacar el contenido de clase y el programa de los sindicatos y partidos de izquierda por desestabilizadores y carentes de realismo. Al remover el conflicto de clase de la política y ofuscar el rol de las estructuras políticas como aparatos de dominación burguesa, ellos modelan una ideología para legitimar la nueva amalgama de Estado autoritario y régimen liberal civil.

Recortando el «análisis político» y desde su duradera y profundamente atrinchera da matriz de poder, los teóricos neoliberales se concentraron en el epifenómeno concerniente a los estrechos intereses electorales, personalidades y militantes de partidos - el elemento fundamental del período de oro 1950, de la ciencia política

⁵⁰Véase la crítica de Arthur McEwan a O'Donnell en: «Transitions from Authoritarian Rule», Latin American Perspectives, Vol. 15, N° 3, verano de 1988, pp. 115-130.

norteamericana, que se ha colado entre las últimas innovaciones intelectuales pos-marxistas actuales.

Transición

Los conceptos neoliberales de O'Donnell et al. sobre la política emergen en un período de transición: en las postrimerías del terror militar y en el principio del renacimiento de los movimientos sociales de masas. Los nuevos regímenes civiles capitalizan en la impotencia temporal mutua: el burgués-militar ya no puede gobernar directamente, los movimientos de masa no pueden todavía proyectar su propio programa político. En este contexto de transición, los teóricos neoliberales investigan con profundidad y deliberan seriamente acerca de la «durabilidad de las instituciones democráticas», el «valor intrínseco de las libertades democráticas», la «autonomía del individuo». Mientras tanto, sus colegas en el régimen civil promueven la «democracia sin adjetivos» imponiendo programas de clase de austeridad selectiva para pagarle a los banqueros extranjeros, promueven la inversión de las multinacionales para «modernizar» la economía y promulgan amnistías para absolver a sus cohabitantes militares de crímenes terroristas. La clase obrera y los campesinos - quienes afortunadamente no leen los textos sobre democracia sin-classes, pero que sienten el dolor de clase resultado de sus políticas - se comprometen en número creciente a la acción clasista: más de una docena de huelgas generales en Argentina, confrontación continua en Brasil y Uruguay e insurgencia popular creciente en el campo peruano.

Ante el resurgimiento de la política de clase y de la militarización de la vida política, puede esperarse que los propulsores de las doctrinas neoliberales de la democracia se retiren más allá, hacia nociones ahistóricas de «ciclos» políticos. Lo que queda claro es que el debate que está teniendo lugar va mucho más allá de los confines de la academia: para la izquierda, ser mantenida hoy como rehén de una reivindicación de la democracia, construida sobre los pilares gemelos del terror estatal y la economía de la oferta, es abdicar a su rol ante las luchas de clase emergentes, las cuales entran en conflicto con la base real de la política - el Estado y el capital.

Con creciente intensidad, desde América Central hasta los países andinos y Brasil, poderosos movimientos sociopolíticos extraparlamentarios de masas han emergido como el eje central para cualquier proceso de democratización y, más, como actores prominentes en la redefinición de la relación entre Estado y sociedad. Los movimientos han creado a través de su acción una nueva experiencia política, la cual

modela una nueva tradición de práctica política, profundamente ajena al discurso posmodernista.

No estamos en un período de fin de la ideología, sino en la era de la ideología vinculada a la participación popular directa. La política de clase no ha sido reemplazada por la «modernización». Ha sido revigorizada y ha encontrado nuevos espacios para la lucha, nuevas formas de organización. Las consecuencias prácticas del discurso político de los ideólogos posmodernos han sido catastróficas para el pueblo: «contrato social» ha sido una fórmula a través de la cual los regímenes liberales-electorales subordinan el trabajo a las regresivas estrategias económicas neoliberales. Después de que algunos pactos sociales culminaron con el congelamiento del ingreso de los trabajadores, mientras los precios ascendían en espiral, la confianza del movimiento en los compromisos del régimen de «igualar el sacrificio para consolidar la democracia» menguó y se esfumó.

En América Latina, los esfuerzos de los posmodernistas para componer una nueva síntesis de liberalismo y socialismo democrático, sobre la base de la economía neoclásica, de procesos electorales y de vagas referencias al positivo rol de la sociedad civil, han fracasado, en la medida en que el mercado ha polarizado a la «sociedad civil» y en que la clase política electoral, que actúa de acuerdo a las reglas del juego capitalista-democrático, ha entrado en conflicto con los movimientos sociales, que actúan de acuerdo a las necesidades de sus empobrecidas bases sociales. Las profundas contradicciones entre la concentración y la centralización del capital financiero y exportador y el ingreso declinante y la creciente precariedad de la clase obrera han hecho desplomarse la política consensual, que los ideólogos posmodernistas postularon como la concepción realista de consolidación democrática y avance popular. Los ideólogos posmodernistas también asumen considerables responsabilidades por el creciente desengaño con los regímenes electorales. Ellos defendieron la subordinación de los procesos electorales a los pactos políticos con los militares salientes, aceptaron las obligaciones de la deuda y el modelo exportador neoliberal como el nuevo realismo y de este modo provocaron las profundas fisuras socioeconómicas que agitan la sociedad latinoamericana de arriba a abajo.

La retirada en el Este

En la actualidad, la característica más sorprendente de los intelectuales europeos orientales y soviéticos es la inversión de sus fórmulas políticas y la continuidad de su lógica de razonamiento. Allí, donde en el pasado vieron la inevitabilidad del colapso capitalista, hoy ellos destacan su éxito continuo; ayer ellos veían al socialis-

mo como el resultado del agotamiento del desarrollo técnico-material bajo el capitalismo, hoy ellos describen la estabilidad capitalista basada en la continuidad del progreso técnico. En el pasado, ellos describían la absoluta pauperización de la clase obrera, hoy ven el continuo mejoramiento en sus niveles de vida. Ayer ellos promovieron el colectivismo soviético como el modelo para el desarrollo del Tercer Mundo, basado en el poder del bloque socialista, hoy ellos hablan del desarrollo de las relaciones capitalistas en nuevos Estados como históricamente progresista. La misma lógica mecánica deductiva a partir de... premisas cuestionables. Lo que hace tan peculiar la defensa de los intelectuales soviéticos del capitalismo en el Tercer Mundo es que esto ocurre en el peor momento posible: hambrunas masivas en el Africa subsahariana, con una década de desarrollo perdido y el ascendente peso de la deuda en América Latina y con un creciente estado de guerra de clases en algunos de los países de reciente industrialización (NICs). Dándole credibilidad a un refrán popular argentino: «dime qué apoyan los comunistas y yo te diré en contra de qué estoy».

Los re-nacidos celebradores soviéticos del capitalismo mantienen algo del polémico rencor de su pasado stalinista. «Los intentos para prevenirlo (al capitalismo) donde no hay alternativa, como en los países subdesarrollados, puede a duras penas prolongar el atraso existente. Así, el trabajo del proletariado es organizar, defender la libertad del proletariado a luchar, lo cual no retarda el desarrollo del capitalismo, sino que lo acelera...»⁵¹. Esta extraña nueva versión soviética de la lucha de clases podría ser consagrada en los estandartes de Thatcher, Reagan y el FMI. Hay un pequeño paso de la alabanza general a los poderes mágicos del mercado a los elogios a las corporaciones multinacionales que podrían turbar a Lee Iaccoca: «El crecimiento relativamente rápido del capitalismo en el Tercer Mundo en las pasadas dos décadas y pico... ha sido acelerado por el económicamente más poderoso y dinámico sistema capitalista... sobre todo, con el surgimiento de las compañías transnacionales, como un instrumento efectivo para promover el capitalismo en el Tercer Mundo»⁵². El saqueo de la naturaleza por las multinacionales, la pobreza de las masas y la crisis de la deuda, inducida por la banca son pasadas por alto hoy, de la misma voluble manera con que en el pasado los ideólogos soviéticos justificaron la crisis agraria y la mala administración que caracterizó a la negligencia del colectivismo stalinista. El fracaso en reconocer la diferenciación interna del Tercer Mundo, las generalizaciones erradas de la información sobre el valor agregado, la

⁵¹Un ejemplo típico del nuevo pensador soviético es el Dr. Alexici Kiva, quien encabeza el Sector de la Clase Obrera y del Movimiento Comunista en la Academia de las Ciencias de la URSS, Instituto de Estudios Orientales. Las citas son tomadas de su influyente artículo, «Developing Countries, Socialism, Capitalism», *International Affairs*, marzo de 1989, p. 61.

⁵²Ibid, p. 62.

incapacidad de mirar las consecuencias adversas, a largo plazo y ahora visibles, del crecimiento con financiamiento externo, significó problemas no sólo para las relaciones Unión Soviética-Tercer Mundo, sino para la misma Rusia. Las perspectivas para el crecimiento, la equidad y la democracia son, ciertamente, poco claras si los soviéticos comienzan a operar bajo los supuestos de que la dependencia de inversiones extranjeras dinamizará la sociedad soviética.

El liberalismo doctrinario, que se ha apoderado de los intelectuales soviéticos, se extiende a su discusión sobre las relaciones entre capitalismo y democracia: el rol progresista del capitalismo privado va más allá de proveer los prerequisites materiales para el socialismo. De acuerdo a un escritor, es en esta fase del desarrollo capitalista en el Tercer Mundo en la que «se sientan las bases para la democracia burguesa y se formula la sociedad civil (sic.)»⁵³. Estas «observaciones científicas» de la nueva intelligentsia soviética deben llegar como revelaciones a los trabajadores e intelectuales que han sufrido los quince años de dictadura bajo el régimen capitalista más orientado al mercado en la historia chilena, los treinta años de mercados y fusiles en Corea del Sur o los cuarenta años de gobierno unipartidista en Taiwan. Si bien es del todo conveniente que los intelectuales soviéticos revisen sus ideas tradicionales sobre la transición al socialismo, su método y teorías reflejan el mismo impresionismo global e incapacidad para tratar con la política autónoma de clase. Todo lo que han hecho los revisionistas es sustituir un bloque de poder regional por otro. Las relaciones sociales de producción, el complejo proceso de desarrollo desigual con una variedad de distintos niveles y tipos de lucha de clase, son borrados; el dogma stalinista es reemplazado por el dogma liberal.

Europa: marxismo para la clase gobernante

Desde enfant terrible de la izquierda revolucionaria hasta maestro de las principales tendencias políticas de la Europa de las clases dominantes, André Gunder Frank es el epítome del apóstata como realista político. Por lo menos para 1983, cuando publicó *The European Challenge*, Gunder Frank había abandonado cualquier pretensión de política de clase y se convierte en un publicista de una Europa independiente, unificada y capitalista - como una alternativa al imperialismo estadounidense. Sus propuestas originales son, por supuesto, cuarenta años tardías, habiendo sido publicadas casi 30 años antes por Jean Monnet, el padre de la CEE. Lo que es paradójico es que su defensa de un capitalismo europeo unido ocurre precisamente cuando el imperialismo europeo está desafiando cada vez más al declinante imperio estadounidense y al creciente imperialismo japonés. Particular-

⁵³Ibid, p. 63.

mente, Frank tiene poco o nada que decir de cómo un capitalismo europeo unificado, el cual estará claramente bajo la hegemonía alemana, puede continuar su empuje dinámico actual en la economía mundial sin asumir las características de un centro imperial revitalizado. El imperialismo europeo ha sido reemplazado por otro frankismo: «la europeización de Europa»⁵⁴. En el nuevo rol de Frank como maestro de políticas para Europa (sin clases definidas y no imperial) la creciente dominación occidental de Europa oriental es expuesta como «...cooperación económica y quizás política necesaria en toda Europa oriental y la Unión Soviética para minimizar sus propios costos sociales y políticos domésticos de reestructuración y transición»⁵⁵. La noción de Frank de «cooperación económica» entre las dos Europas omite la estructura y el mecanismo imperiales que están explotando a Polonia, Hungría y Yugoslavia, mediante el pago de intereses e intercambio desigual. Dentro de la «Europa de Frank», él opta por la variante imperial de Alemania occidental sobre la francesa; prefiriendo, aparentemente, la hegemonía basada en el poder del mercado a la versión militar-nuclear francesa. Frank, habiendo abandonado - al menos en relación a Europa - su análisis metrópoli-satélites ahora argumenta, en el contexto de las rivalidades interimperiales, a favor de una «política europea propia». Por lo tanto, su apoyo a la integración europea occidental y a la incorporación de Europa oriental está mayormente dirigida a «fortalecer» el imperialismo europeo en contra de sus competidores.

Hay en la actual adopción de Frank de un poder regional, y en su razonamiento globalista, similitudes con su concepción de las contradicciones en su anterior período radical. En ambas instancias, él ignoró las relaciones sociales de producción y las bases de explotación de clase a favor de la mirada a las regiones. En el pasado, él se concentró en el centro y la periferia, la metrópoli y el satélite y en la extracción de «plusvalía»; en el presente, él describe bloques mundiales de capital. La inclusión de diferencias de clase en su anterior análisis radical de la dependencia resurge en su marco «cooperativo» de tendencia imperial del presente. No es sorprendente que Frank, quien ahora visualiza a Europa como una alternativa y no como un poder imperial revivido, mire favorablemente aquellas medidas tomadas por los otrora países comunistas que se abren a la penetración imperial europea. El da la bienvenida a la transición al capitalismo y a la democracia bajo Deng Xiaoping, con el siguiente optimismo mas bien negligente: «China ya ha dado enormes zancadas en la misma dirección de reforma económica y política desde 1978. Deng Xiaoping se las ingenió para instalar un nuevo liderazgo reformista en el congreso del partido de 1987»⁵⁶. La visión de Frank de una Europa capitalista unificada y

⁵⁴ André Gunder Frank: «World Debt, the European Challenge and 1992», en *Economic and Political Weekly*, 29 de abril de 1989, p. 916.

⁵⁵Ibid., p. 916.

desmilitarizada, fortalecida contra los EEUU y Japón, sólo deja afuera los quince millones de trabajadores «europeos» explotados y desempleados, la creciente subordinación de las economías más endebles ante las más fuertes y al rol creciente de la Europa fortalecida como un principal explotador del Tercer Mundo. Frank juega un viejo juego imperial: al concentrarse exclusivamente en el imperialismo estadounidense, él se convierte en un polémico útil al imperialismo en su propio patio delantero.

Regis Debray partió antes que Frank en la misma dirección y parece haber llegado más lejos. Luego de sus anteriores escritos, apoyando los movimientos guerrilleros en América Latina, se ha convertido en un defensor apasionado de la progresista e independiente Bomba Francesa. A diferencia del chauvinismo eurocéntrico de Frank, Debray tiene una concepción más estrecha de la política - construyendo el nacionalismo en un solo país. Una empresa elegante sobre bases tambaleantes, particularmente en la medida en que la internacionalización del capital socava ese particular discurso. Debray plantea que la política mundial gira en torno a los poderes centrales - el Tercer Mundo es un área marginal. Y dentro de este universo del gran poder, Debray está comprometido con el establecimiento de la identidad y el lugar ideológico y político de Francia: una versión de una contrarrevolución dentro de la contrarrevolución. Una vez más, sin embargo, hay ciertas similitudes metodológicas y conceptuales entre el pasado y el presente. Existe el mismo énfasis voluntarista-ideológico: en el pasado, el foco guerrillero armado incita a las masas por medio de la voluntad a la acción; en el presente, la misma proyección subjetiva de la fuerza nuclear independiente de Francia crea su posición en el mundo. En ambas instancias le presta poca atención a las condiciones estructurales históricas y objetivas. Los escritos pasados y presentes de Debray giran en torno de sus vínculos a los «hombres de poder»: Castro en los 60, Allende en los 70, Mitterrand en los 80. La política está hecha por individuos, no por clases; la fuerza militar e ideológica da forma al poder, no los recursos técnicos y económicos. Las fases radical-socialista y nacionalista-conservadora de Debray representan así dos caras de la misma concepción elitista de la política: la marginalización de las fuerzas autónomas de la clase obrera autoorganizada y la importancia central de líderes heroicos ideológicamente correctos. Al ignorar los movimientos sociopolíticos autoorganizados y la centralidad de las relaciones sociales de explotación, al concentrarse en relaciones interestatales (Frank) y vanguardias elitescas (Debray), es fácil una transición hacia la adopción de las configuraciones contemporáneas del poder del Estado burgués.

⁵⁶Ibid., p. 915. Un mes después del artículo de Frank aclamando los grandes logros de Deng, éste estaba asesinando a miles en las calles de Beijing.

Conclusiones

El repliegue mundial de los intelectuales está íntimamente relacionado a la declinación del poder del movimiento de la clase obrera y al poder ascendente del capital - en la esfera cultural como también en la esfera económica. Los intelectuales son muy sensibles a los cambios en el poder. Los cambios intelectuales entre los 60 y los 80 reflejan los cambios en la relación del poder. La paradoja fundamental de nuestro tiempo, sin embargo, es que los giros en el poder no están acompañados por la consolidación y expansión de los sistemas sociales y económicos capitalistas: la fragilidad de las economías occidentales, la desintegración de los centros de las ciudades, la volatilidad de los mercados financieros, la polarización de clases y regiones de la economía mundial, la destrucción del medio ambiente, todo habla del fracaso del capitalismo en resolver cualquiera de los problemas básicos planteados por el marxismo.

El abandono del marxismo y la adaptación intelectual a nuevas fuentes de poder revela, por tanto, la profunda separación del «discurso» intelectual de las realidades históricas. El escape al interior del reino de la subjetividad y el formalismo es un aspecto del problema. El «factor estructural» es la profunda integración estructural de los intelectuales dentro de las principales redes de las fundaciones académicas y de publicación profesional que sirven como puente cultural hacia el poder establecido.

Si la retirada de los intelectuales es, en gran medida, producto de los cambios en el poder, y si las bases económicas de ese poder son verdaderamente frágiles, podemos esperar un nuevo ciclo de radicalización con la próxima crisis económica y el resurgimiento del poder popular. En el Este, las tensiones son ya manifiestas entre los trabajadores de Polonia, Hungría y la Unión Soviética y la intelligentsia liberal orientada al mercado. En América Latina, el momento clave de los posmarxistas demócratas sin adjetivos ya ha pasado y entramos a un período sin hegemonía política intelectual: de militarismo resurgente, guerrilla maoísta, marxismo basado en sindicatos y elecciones y novedosas concepciones de economía política descentralizada basada en la comunidad. En Norteamérica y Europa, las campañas recientes de los medios de comunicación de masas proclamando el definitivo final del socialismo y el triunfo del capitalismo, serán de poca duración y, lo que podría convertirse en una de las grandes ironías de la historia, la revitalización de la democracia en los países socialistas podría servir como ejemplo para una renovación occidental del socialismo.

(Traducción del inglés de F: Gerardo Fernández E.)

Referencias

- *Anderson, Perry, NEW LEFT REVIEW. 31. p58-64 - 1965; Is Analytical Marxism Marxism.
- *Anderson, Perry, ORDINE NUOVO AND THE FACTORY COUNCILS. II. p65-126 - Londres, Inglaterra. 1986;
- *Anderson, Perry, STUDIES IN POLITICAL ECONOMY. 27. p87-111 - 1988;
- *Anónimo, COMMUNITY POWER AND POLITICAL THEORY: A FUTURE LOOK AT PROBLEMS OF INFERENCE AND EVIDENCE. - New Haven, Yale university Press. 1980;
- *Anónimo, CONSIDERATIONS ON WESTERN MARXISM. - Londres, Inglaterra, New Left Books. 1976; Marginalidad, movimientos sociales y democracia.
- *Anónimo, LA CIUDAD FUTURA. 6. p30-31 - 1987; «Transitions from Authoritarian Rule.
- *Anónimo, NEW YORK TIMES - PRENSA. 09/09. p3 - 1989; Los ausentes movimientos sociales y participación democrática restringida.
- *Anónimo, SELECTIONS FROM POLITICAL WRITINGS 1910-1924. - Nueva York, EEUU, International Publishers. 1977;
- *Arico, José, LA CIUDAD FUTURA. - 1987; World Debt, the European Challenge and 1992.
- *Bowles, Samuels, LA CIUDAD FUTURA. - 1987;
- *Burawoy, Michael, CAPITALISM AND SOCIAL DEMOCRACY. p66 - Cambridge, Cambridge university Press. 1985;
- *Carnoy, Martin, DEMOCRACY AND CAPITALISM: PROSPERTY COMMUNITY AND THE CONTRADICTIONS OF MODERN SOCIAL THOUGHT. - Nueva York, EEUU, Basic Books. 1986; Sharpe, M. E. -- Berkeley and the New Conservative Backlash.
- *Derek, Shearer, ECONOMIC DEMOCRACY: THE CHALLENGE OF THE 1980'S. - Nueva York, EEUU, White Plains. 1980; Calderón, Fernando; Dos Santos, Mario -- El PCE convertido en cantero de cuadros para el poder socialista.
- *Derek, Shearer, STATE AND POLITICAL THEORY. - Princeton, University Press. 1984; Hamilton, Hamish -- Ni los Sindicatos ni los Partidos Serán como Antes.
- *Deutscher, Isaac, NEW YORK INTELLECTUALS. - North Carolina, EEUU, Chapel Hill. 1987; Marxism without micro foundation.
- *ECONOMIC AND POLITICAL WEEKLY. p915-916 -
- *Geras, Norman, NEW LEFT REVIEW. - Londres, Inglaterra. 1986;
- *Gramsci, Antonio, SOCIALIST REVIEW. 19, 2 - 1989;
- *Gunder-Frank, André, INTERNATIONAL AFFAIRS. p61-63 -
- *Jelin, Elizabeth, PROPOSICIONES. 14. p9-23 - 1989;

- *Kiva, Alexici, LATIN AMERICAN PERSPECTIVES. 15, 3. p115-130 -
- *Liebovitz, Michael, THE RETREAT FROM CLASS. - Nueva York, EEUU, Grove Press. 1961;
- *McEwan, Arthur, LOS CONFLICTOS POR LA CONSTITUCION DE UN NUEVO ORDEN. - 1989;
- *Mills, C. W., SCIENCES AND SOCIETY. 52, 2. p191-214 - Buenos Aires, Argentina, CLACSO. 1987;
- *Moody, Kim, BRINGING THE STATE BACK. - Cambridge University Press. 1985; Gramsci y el jacobinismo argentino.
- *Petras, James, RUSSIA IN TRANSITION. p223-236 - Nueva York, EEUU. 1957; The antinomies of Antonio Gramsci.
- *Polsoy, Nelson, THE GOVERNMENTAL PROCESS, POLITICAL INTERESTS AND PUBLIC OPINION. - Nueva York, EEUU, Knopf. 1951;
- *Portantiero, Juan Carlos, EL INDEPENDIENTE. p7 - 1986; Developing Countries, Socialism, Capitalism.
- *Skocpol, Theda, A NEW SOCIAL CONTRACT: THE ECONOMICS AND GOVERNMENT AFTER REAGAN. - Nueva York, EEUU, Harper and Row. 1983; Gramsci en clave latinoamericana.
- *Tironi, Eugenio, THE SOCIOLOGICAL IMAGINATION. - 1988;
- *Trotsky, Leon, AN INJURY TO ALL. - Londres, Inglaterra, Verso. 1989; Containing the class struggle Skocpol on revolution.
- *Truman, David., NEW LEFT REVIEW. 170. p3-36 - 1988;
- *Vieux, Steven, THE WASTELAND: A DEMOCRATIC ALTERNATIVE TO ECONOMIC DECLINE. - Golden City, Anchor / Doubleday. 1983;
- *Wald, Alan, IN DEFENSE OF MARXISM. - Nueva York, EEUU, Pioneer Publishers; The Affinities of Norberto Bobbio.
- *Wood, Eden, LITERATURE OF REVOLUTION. - 1985;